

Capítulo 9-La aceptación de la

Expiación

Introducción

Si tuviéramos que usar una palabra para resumir el mensaje de Un Curso de

Milagros sería perdón. Es interesante que a pesar de que el concepto ha sido

mentado y el tema está implicado a lo largo de los primeros ocho capítulos del texto, no es hasta el Capítulo 9 que encontramos su primera

discusión real. Ya hemos visto que no podemos entender cómo funciona el

perdón hasta que reconozcamos el problema del ego. Como el perdón no

tiene un sentido aparte del de deshacer las proyecciones del ego, nosotros

primero necesitamos entender el sistema de pensamiento de culpa, proyección y ataque. En consecuencia, de acuerdo con el proceso de curación del Curso, el plan de perdón del Espíritu Santo se yuxtapone con

el del ego; necesitamos discutir el plan de perdón del ego antes de mirar la

corrección del Espíritu Santo para él.

Sin embargo, antes de embarcarnos en esa discusión, debemos observar el

factor particular del sistema de pensamiento del ego que dio lugar a la necesidad de corrección. Esto nos devuelve al muy importante tema del

miedo del ego a que la mente elija al Espíritu Santo. Encontraremos una

extensión particularmente interesante de este tema en el contraste entre la

grandiosidad del ego y la grandeza del Espíritu Santo.

El miedo del ego al principio de Expiación.

Comenzamos con la sección de apertura del capítulo, que nos ayuda a ver la

justificación del sistema de pensamiento de proyección, el cual se desarrolla

en respuesta al miedo del ego a lo que podríamos hacer si volviésemos a

nuestras mentes.

(I.1: 3-5) La realidad sólo puede ser una “amenaza” para lo ilusorio, ya que lo único que la realidad puede defender es la verdad. El hecho mismo de que percibas la Voluntad de Dios – que es lo que tú eres – como algo temible, demuestra que tienes miedo de lo que eres. Por lo tanto, no es de la Voluntad de Dios de lo que tienes miedo, sino de la tuya.

Nuestro miedo no es a Dios ni a Su Voluntad, sino al poder dentro de nuestras mentes para elegir Su Voluntad, lo que significa elegir en contra de

nuestra propia imagen de una voluntad separada de su Fuente. Esto se vuelve más claro en el siguiente párrafo, cuando Jesús extiende su enseñanza sobre el miedo del ego a la Expiación:

(I.2: 1) Tu voluntad no es la voluntad del ego, y por eso es por lo que el ego está contra ti.

Recuerda que el ego trata de convencernos de que nosotros, el tomador de

decisiones, somos el ego y que nuestra voluntad es estar separado de Dios.

En nuestra locura, hemos elegido identificarnos con el demente del sistema

de pensamiento del ego, y éste nos ha enseñado que la separación es nuestra

realidad, como un ser individual y especial. Casi siempre en el Curso, la palabra voluntad está reservada para Dios o el espíritu, pero aquí denota el

deseo del ego de estar separado.

(I.2: 2) Lo que parece ser el temor a Dios es en realidad el miedo a tu propia realidad.

Esta idea de vital importancia simplemente se establece aquí. Se hará referencia a ella en muchas otras veces en nuestra sinfonía, con la referencia

más importante en "El miedo a la redención" (T-13.III). Jesús está enseñándonos que el ego dice que debemos temerle a Dios, como se ve en

el cuadro del gráfico de la mentalidad-errada (ver Apéndice). Nos dice que

hemos pecado contra nuestro Creador, Quien está justificado en Su iracunda

represalia, robándonos la vida que creemos que le robamos a Él. Esto da lugar al temor a Dios, y creemos que permanecer dentro de nuestras mentes dará como resultado la muerte instantánea. En lo que ahora es una idea familiar para nosotros, buscamos protegernos de esta horrible catástrofe percibida. Hemos escuchado al ego diciéndonos que debemos abandonar nuestras mentes, convertirnos en un cuerpo, olvidar que tenemos una mente y llevar con nosotros este miedo ontológico que toma la forma proyectada de tener un miedo indiscriminado a todos y todo en el mundo. Jesús, sin embargo, nos dice que el problema no es el temor a Dios, sino el miedo a nuestra propia realidad, lo que realmente significa el miedo de que nuestra mente elija esta realidad. En el instante ontológico cuando nosotros fuimos confrontados con la elección entre la interpretación del ego de la diminuta y alocada idea y la del Espíritu Santo, optamos por el ego: la separación es la realidad. Elegimos en contra de la respuesta del Espíritu Santo de que no había pasado nada (la Expiación); que permanecemos tal como Dios nos creó, que provenimos del amor y, por lo tanto, que somos seres de amor. Este amor es nuestra realidad, y elegir contra él dio lugar al temor del ego a que cambiemos de nuestras mentes y volvamos a elegir. No hay nada en el mundo que realmente nos de miedo, ni ninguna cosa relacionada con Dios - ¿cómo puede uno temer a una ilusión, y mucho menos a lo que es la única realidad? Sólo en los sueños febriles de nuestra existencia separada la realidad se vuelve amenazante; ya que la luz de la

verdad aleja la oscuridad de las ilusiones del ego.

(I.2: 3) En un estado de pánico no se puede aprender nada de manera consistente.

Siempre estamos en estado de pánico, excepto que la mayoría de las veces

no nos damos cuenta. Fue el pánico lo que literalmente nos sacó de nuestras

mentes y nos llevó al mundo, y lo llevamos con nosotros ya que las ideas no

abandonan su fuente. Sin embargo, somos expertos en cubrir nuestros miedos, e incluso más expertos en proyectarlos desde nuestras mentes a

todo lo que nos rodea. Jesús nos está instruyendo en lo obvio: una vez que

estamos en un estado de pánico, no podemos aprender. Si tenemos miedo de

un maestro en la escuela, por ejemplo, no vamos a aprender, no importa

cuán brillante sea la enseñanza. El miedo interfiere con el aprendizaje el

cual solo puede ocurrir cuando estamos en un estado de aceptación. Como

nos enseña Un Curso de Milagros, tal como hacía Platón hace veinticinco

siglos en su teoría de la anamnesis, que el verdadero aprendizaje es recordar, porque la verdad ya está dentro de nosotros y solo necesita ser

aceptada. El miedo la oculta y hace que recordar sea imposible. El ego nos

mantiene en estado de pánico, sin embargo, nos hace pedir su guía para

defendernos de este pánico con las relaciones especiales, que hacen que

aprender la verdad de nuestra unidad natural sea aún más imposible. El ego,

por supuesto, nunca querrá que aprendamos, porque el aprendizaje significativo es des-aprender, y el ego nunca quiere que des-aprendamos las

mentiras que nos ha enseñado.

(I.2: 4-5) Si el propósito de este curso es ayudarte a recordar lo que

eres, y tú crees que lo que eres es algo temible, de ello se deduce forzosamente que no aprenderás este curso. Sin embargo, la razón de que el curso exista es precisamente porque no sabes lo que eres. Es por eso que incluso los estudiantes mejor intencionados tienen problemas, no solo para aprender la metafísica del Curso, sino para conocerla desde dentro, y para que la paz de la que Jesús habla sea suya en la conciencia. Un Curso de Milagros nos enseña quiénes somos, y hemos realizado un enorme esfuerzo negando esta Identidad; primero fabricando el sistema de pensamiento del ego, y luego un mundo para ocultarlo. Comprensiblemente, entonces, tenemos problemas para aprender el curso de Jesús porque no queremos saber qué es lo que dice acerca de la realidad y la ilusión, Cristo y el ego, nuestro Ser y nosotros mismos. (I.10: 1) Cuando le pides al Espíritu Santo lo que te podría hacer daño Él no puede contestarte porque no hay nada que te pueda hacer daño, y, por lo tanto, no estás pidiendo nada. Mencioné en el Preludio que el juego de palabras es una de las características estilísticas de Un Curso de Milagros. La línea anterior es un ejemplo, donde nada se usa de dos maneras: en el sentido de "nada" (no hay nada que nos pueda hacer daño) y como un estado ("nada en sí mismo"). El decir que nada puede hacernos daño significa que las ilusiones no pueden tener ningún efecto en nosotros. En nuestros sueños creemos que pueden, pero en realidad no tienen poder para afectarnos. El Espíritu Santo no puede respondernos cuando pedimos algo especial, lo cual siempre es ilusorio, porque en nuestra locura creemos que la nada puede hacernos daño. En este sentido, realmente no le pedimos nada. Cuando le pedimos ayuda al Espíritu Santo, para algún aspecto del especialismo, no solicitamos nada

porque Su única ayuda puede ser recordarnos elegir la Expiación y recordar quiénes somos. Mientras que por un lado nada puede dañar nuestra invulnerabilidad como el Hijo de Dios porque no hay nada que nos afecte, por otro lado, dentro del sueño del ego, nada (es decir, la nada) puede hacernos daño, porque creemos que la ilusión de la separación puede y ha cambiado nuestra realidad como la Unidad del perfecto Hijo de Dios. (I.10: 2-3) Cualquier deseo que proceda del ego es un deseo de algo que no existe, y solicitarlo no constituye una petición. Es simplemente una negación en forma de petición. El deseo es tanto por las ilusiones, como por la nada – es decir, nada. De nuevo, este deseo viene en forma de petición, una forma de decir: “Creo que el ego y sus necesidades son reales, y quiero que se satisfagan. Por favor Jesús has esto por mí”. Sin embargo, esta "petición" niega el hecho de que realmente no tenemos necesidades. Porque el espíritu no necesita nada, lo tiene y lo es todo, no estamos pidiendo nada real. La única oración significativa, como nos enseñó anteriormente, es la del perdón, porque lo tenemos todo (T-3.V.6:3). Esto significa que lo único que deberíamos pedir es ayuda para cambiar nuestras mentes y así recordar que tenemos una mente. Dentro de esa mente descansan dos opciones, de las cuales sólo una es real. (I.10: 4) El Espíritu Santo no le da importancia a la forma, ya que es sólo consciente de lo que tiene significado. Vimos esta misma idea expresada en el Capítulo 8. El Espíritu Santo no está interesado en la forma, la cual Él ni siquiera ve, porque es simplemente un

fragmento sombrío del pensamiento de separación de la mente que nunca abandonó su fuente. Es por eso que pedir ayuda continuamente en el nivel del comporta-miento va directamente contra todo lo que este curso está enseñando. Seguramente hay pasajes – relativamente pocos – que dicen que deberíamos pedir ayuda específica, pero eso se debe a que Jesús se encuentra con nosotros en la parte inferior de la escalera donde creemos que existimos como cuerpos. El progreso en la escalera, sin embargo, se produce cuando reconocemos que hay nada en el mundo con lo que necesitemos ayuda, porque lo que sucede aquí no es el problema: las ideas no abandonan su fuente. La ayuda que necesitamos radica en recordar que nuestro ser en la ilusión es la mente tomadora de decisiones, el lugar del problema de la culpa y de su solución del perdón. (I.10: 5-8) El ego no puede pedirle nada al Espíritu Santo porque no existe comunicación entre ellos. Tú, en cambio, puedes pedirle todo porque las peticiones que le haces a Él son reales, al proceder de tu mente recta. ¿Negaría el Espíritu Santo la Voluntad de Dios? ¿Y podría dejar de reconocerla en Su Hijo? Dios no sabe acerca del ego porque Él no sabe acerca de la separación. El ego y el Espíritu Santo hablan idiomas completamente diferentes basados en premisas mutuamente excluyentes. Sin embargo, lo que el Espíritu Santo puede hacer es usar lo que el ego ha hecho, el mundo y nuestras relaciones en él, para cumplir con un propósito diferente al cambiar el contenido en la mente. Una vez más, las peticiones de mentalidad-correcta hechas al Espíritu Santo por el tomador de decisiones (el tú al que Jesús se dirige) siempre son para ayudar a recordar quiénes somos, y para compartir Su

percepción de que todo aquí es una oportunidad de aprendizaje a través de la cual Él nos enseña que somos perdonados.

(I.11: 1) No te das cuenta de la enorme cantidad de energía que desperdicias negando la verdad.

Deberíamos hacer una pausa en esta declaración mientras vemos nuestra vida diaria, y también la vida de las sociedades, y ver cuánto tiempo y esfuerzo dedicamos a negar la verdad, lo que implica todo lo que hacemos para mejorar nuestro cuerpo en particular y las condiciones mundiales en general. Si este es nuestro único enfoque, no como un medio para el fin de cambiar conscientemente nuestras percepciones, sino como un fin en sí mismo, gastamos una enorme energía negando la verdad de la Expiación que está en nuestras mentes. Siempre debemos recordar que el ego hizo el mundo y sus problemas como una cortina de humo para ocultar la verdadera naturaleza del problema, y luego nos convenció de pasar nuestras vidas buscando su guía - en el mundo - sobre cómo resolver problemas que no existen.

Hace varios años, comencé a usar la afirmación de que el mundo es una solución mal-adaptativa a un problema inexistente. Es mal-adaptativa porque no funciona, porque no nos hace felices. Además, el mundo es una solución al problema mental de la culpa que no existe. Reprimiendo que ésta es inexistente, el ego proyecta la culpa en un mundo de cuerpos que parece palpable y real. Por lo tanto, la inteligencia del ego, con su golpe de gracia, es hacernos pedirle al Espíritu Santo que resuelva problemas externos que no están allí. Por ejemplo, el ego toma un concepto espiritual

como el perdón o el pedir orientación y lo lleva al sueño, en lugar de llevar
 el sueño ilusorio al Espíritu Santo en busca de ayuda. Al cambiar la mente,
 el ego coloca el perdón en "un marco terrenal [el cuerpo]" (S-2.III.7:3) – su
 filosofía previamente citada de si no puedes vencerlos, únete a ellos. No nos
 disuade de llegar a ser espirituales, sino que simplemente cambia nuestra
 búsqueda para que terminemos glorificando al ego, sin que sepamos qué es
 lo que ha salido mal.
 (I.11: 2) ¿Qué le dirías a alguien que se empeña en intentar lo imposible, creyendo que lograrlo es tener éxito?
 Este tema es llevado a lo largo de la sinfonía del Curso: nos establecemos
 firmemente en situaciones de aprendizaje que solo pueden fallar, porque lo
 que aprendemos aquí nunca nos traerá felicidad, la nuestra y la del mundo
 que cree lo contrario. En la percepción de mentalidad-correcta, solo podríamos etiquetar al aspirante a Don Quijote como demente, inclinándose
 ante los molinos de viento del ego que no existen y que nunca podrían traernos la paz que nosotros buscamos.
 (I.11: 3) La creencia de que para poder ser feliz tienes que tener lo imposible está en total desa-cuerdo con el principio de creación. Jesús se refiere a nuestro especialismo: para ser felices debemos obtener ese
 algo especial – lo im-po-sible – que es poseído por alguien más. El reflejo
 del principio de la creación es que el verdadero "algo especial" – el amor –
 solo se puede compartir por igual, porque es uno.
 Desde aquí hasta el final del párrafo vemos declaraciones del principio de
 Expiación de que la separación nunca sucedió:
 (I.11: 4-6) Dios no pudo haber dispuesto que tu felicidad dependiese de

lo que nunca podrías tener. El hecho de que Dios es Amor no requiere que se crea en ello, pero sí requiere aceptación. Puedes ciertamente negar los hechos, pero no puedes hacer que cambien.

El hecho de que Dios es Amor no necesita nuestra creencia, porque lo es.

Su verdad, sin embargo, necesita ser aceptada. Nuestra negación del amor

no significa que no esté allí, pero nuestro deseo por el especialismo que

nunca podremos tener realmente, ha impedido nuestro reconocimiento del

simple hecho de que el Amor de Dios nunca ha cambiado, ni nosotros como

el Hijo de Dios.

(I.11: 7-9) Si te tapas los ojos con las manos, no podrás ver porque estarás interfiriendo en las leyes de la visión. Si niegas el amor, no podrás conocerlo porque tu cooperación es la ley de su existencia. No puedes cambiar las leyes que tú no promulgaste, y las leyes de la felicidad fueron creadas para ti, no por ti.

El que no veamos la Expiación recordándonos quiénes somos, no hace que

esté ausente en nuestras mentes. El responsable de la ceguera es el tomador

de decisiones, que temporalmente ha dejado impotente la capacidad de la

mente para ver. Sin embargo, creer que no tiene poder no significa que la

mente no lo tenga, sino solamente que hemos olvidado su poder de elegir.

El siguiente pasaje refleja otra forma en que nuestros egos temen a la verdad:

(IV.10) ¿Qué podría ser temible sino las fantasías? ¿Y quién recurre a fantasías a menos que haya perdido toda esperanza de poder encontrar

satisfacción en la realidad? Es indudable, no obstante, que jamás encontrarás satisfacción en fantasías, de manera que tú única esperanza es cambiar de parecer con respecto a la realidad.

Únicamente si tu decisión de que la realidad es temible es errónea, puede Dios estar en lo cierto. Alégrate, pues, de haber estado equivocado, mas ello sólo se debió a que no sabías quien eras. De

haberlo sabido no te habrías podido equivocar, de la misma manera en que Dios no puede equivocarse.

Esto explica por qué tanta gente considera imperativo tener razón. No están luchando en nombre de una opinión, sino de su propia existencia. Estar equivocado sobre un hecho o juicio simboliza estar equivocado sobre uno mismo. En lo profundo de todos nosotros, sin embargo, está el recuerdo de que, de hecho, estamos equivocados. La decisión de nuestra mente por el ego se opuso a la realidad de nuestra Identidad como Cristo, y el Espíritu Santo representa la verdad de que Dios tiene razón y nosotros, como egos, estamos equivocados. Hemos necesitado construir un temeroso mundo de fantasía para convencernos de que es Dios Quien está equivocado. Sin embargo, "Dios, no obstante, sabe que eso no es posible" (T-23.I.2:7), y un buen día estaremos contentos y agradecidos de que sea así, porque hemos preferido ser felices a tener razón (T-29.VII.1:9).

Pasamos ahora a "Las dos evaluaciones", una de las secciones más importantes que consideraremos. Utilizando términos ligeramente diferentes de lo que hemos visto, presenta las dos formas que tiene la mente para vernos a nosotros mismos: el ego y el Espíritu Santo. Cuando nos decidimos por el ego, elegimos lo que la próxima sección llama grandiosidad: la creencia de que podríamos destruir a Dios y Su Cielo, crucificar a Su Hijo y mantener la vida separada que le robamos. Esta elección sustituyó a la grandeza de Quiénes somos como Cristo, el unificado Hijo de Dios. El ego presenta la grandiosidad como su gran alternativa a la grandeza que el Espíritu Santo nos ofrece a través del principio de Expiación, que enseña que nuestra separación de nuestro Ser como espíritu nunca sucedió. Esta sección nos ayuda a ver los efectos felices cuando volvemos nuestras mentes hacia el Espíritu Santo y el dolor

cuando permanecemos con las defensas impulsadas por el miedo del ego.

(VII.3: 1-3) Es perfectamente obvio que si el Espíritu Santo contempla con amor en todo lo que percibe, también te contempla a ti con amor. La evaluación que Él hace de ti se basa en Su conocimiento de lo que eres, y es, por lo tanto, una evaluación correcta. Y esta evaluación tiene

que estar en tu mente porque Él lo está.

A medida que el ego teme a esta visión o evaluación, ya que anuncia su

desaparición, introduce la culpa en el sistema de pensamiento de la mente

para evitar que miremos con amor a todo lo que percibimos. Con el fin de

preservar nuestro yo separado, por lo tanto, aceptamos en nuestra mente la

falsa evaluación del ego de lo que somos, a pesar del dolor y las molestias

que nos ocasiona.

(VII.3: 4-10) El ego está también en tu mente porque aceptaste que estuviese ahí. La evaluación que él hace de ti, no obstante, es exactamente la opuesta a la del Espíritu Santo, pues el ego no te ama. No es consciente de lo que eres, y desconfía totalmente de todo lo que percibe debido a que sus percepciones son tan variables. El ego, por lo tanto, es capaz de ser desconfiado en el mejor de los casos, y cruel en el

peor. Ésa es la gama de sus posibilidades. No puede excederla debido a

su incerti-dumbre. Y no puede ir más allá de ella porque nunca puede estar seguro de nada.

El ego no nos ama porque no sabe quiénes somos como criaturas del amor.

Todo lo que el ego sabe es que tenemos el poder de elegir, así como de negar esa elección en nombre del Espíritu Santo. Por eso es desconfiado y

sospechoso, palabras eufemísticas para paranoia. El ego - la parte de nosotros que le gusta ser nosotros: aparte del Todo y una parte del todo del

ego, perdone el juego de palabras - siempre teme que en algún momento

recordemos la mente que eligió mal y elijamos de nuevo. Busca dejarnos sin mente creando un mundo y un cuerpo en el que su sistema de pensamiento de separación y la culpa puedan esconderse. En lugar de la grandeza del Espíritu Santo, la verdadera evaluación de Quiénes somos, la sustituye con su grandioso mundo de sospecha, crueldad e incertidumbre. Es extremadamente útil ver la dinámica del odio y la crueldad por lo que es: defensas establecidas por el ego que sirven para mantener nuestra atención enraizada en el mundo sin mente de especialismo y ataque. Esta es la razón por la que nos dice en el libro de ejercicios que nunca estamos disgustados por la razón por que creemos (L-pl.5). Experimentamos que nuestros disgustos provienen del mundo pecaminoso del ego que nos rodea, pero, de hecho, siempre emanan del mundo cargado de culpa del ego dentro de nosotros. Reconocer esta verdad de la mente, oculta por las ilusiones de sospecha y crueldad del ego, nos permite ir más allá de la defensa hacia el poder de la mente para decidir la verdadera y segura evaluación del Espíritu Santo de nuestro Ser: Soy el Hijo de Dios, pleno, sano e íntegro, resplandeciente en el reflejo de Su Amor. En mí Su creación se santifica y se le garantiza vida eterna. En mí el amor alcanza la perfección, el miedo es imposible y la dicha se establece sin opuestos. Soy el santo hogar de Dios Mismo. Soy el Cielo donde Su Amor reside. Soy Su santa Impecabilidad Misma, pues en mi pureza reside la Suya Propia. (LpII.14.1) (VII.4: 1) Tienes, pues, dos evaluaciones conflictivas de ti mismo en tu mente, y ambas no pueden ser ciertas. Aquí nuevamente está el énfasis crucial que Jesús pone en el papel de nuestras mentes, el hogar del ego y del Espíritu Santo. El hecho de que

ambos no puedan ser verdad es el miedo del ego, porque elegir uno es negar el otro, la versión de la mentalidad-correcta de uno u otro. El miedo propio que tiene el ego es que elijamos el Espíritu Santo y tomemos la mano de Jesús en el viaje del perdón que es el deshacimiento del ego. (VII.4: 2) Todavía no te has dado cuenta de cuán extremadamente diferentes son porque no entiendes cuán elevada es realmente la percepción que el Espíritu Santo tiene de ti. La razón por la que tenemos tanta dificultad, es que es casi imposible para nosotros concebir nuestra identidad como algo distinto que un cuerpo, por eso pensamos en Dios y el Espíritu Santo como miembros del homo sapiens, con partes del cuerpo, personalidades, pensamientos y sentimientos. Jesús, quien una vez fue miembro del homo sapiens, no es realmente una persona existente en nuestras mentes, sino un pensamiento en la mente correcta que simboliza nuestro ser de mentalidad-correcta. Aun así, tenemos que antropomorfizarlo a él y a los otros Pensamientos noespecíficos de mentalidad-correcta porque esa es la única forma en que podemos comenzar a relacionarnos con nuestro verdadero Ser. El problema aparece cuando pensamos que Su forma es real, reflejando lo que creemos que es nuestra realidad separada. Dado que el poder y la gloria del Hijo de Dios descansa en su totalidad como mente, no como cuerpo, es casi imposible aceptar la evaluación que el Espíritu Santo hace de nosotros mientras estemos enraizados en nuestra existencia física/psicológica como individuos. La verdad es que todos somos fragmentos de un Hijo glorioso, un Pensamiento santo en la Mente de Dios, que incluso estas palabras no pueden hacer justicia a la elevada visión de Jesús de nuestra santidad.

(VII.4: 3-4) El Espíritu Santo no se engaña con respecto a nada de lo que haces, porque nunca se olvida de lo que eres. El ego se engaña con respecto a todo lo que haces, especialmente cuando respondes al Espíritu Santo, ya que en esos momentos su confusión aumenta. Esto es cuando el nivel de miedo comienza a intensificarse. Jesús habla del ego aquí, como lo hace en todo momento, como si fuera una persona. Aunque se usa un pronombre más neutral, el ego se describe como alguien que trama, planea, ataca y guía; pero en realidad es solo una idea en la mente. Una vez que elegimos creer en el sistema de pensamiento de separación del ego, nos convertimos en el ego. La parte tomadora de decisiones de nosotros que se ha identificado con sus locos pensamientos de individualidad y especialismo se aterroriza ante la idea de que podamos cambiar de nuestras mentes y escuchar al Espíritu Santo, tomando a Jesús y a su palabra al aceptar su evaluación de nosotros y al practicar el perdón. Se necesita una defensa para proteger nuestro nuevo yo. Leemos: (VII.4: 5-9) Es muy probable, por lo tanto, que el ego te ataque cuando reaccionas amorosamente, ya que te ha evaluado como incapaz de ser amoroso y estás contradiciendo su juicio. El ego atacará tus motivos tan pronto como éstos dejen de estar claramente de acuerdo con la percepción que él tiene de ti. En ese caso es cuando pasa súbitamente de la sospecha a la perversidad, ya que su incertidumbre habrá aumentado. Es evidente, no obstante, que no tiene objeto devolverle el ataque. Pues, ¿qué podría significar eso, sino que estás de acuerdo con su evaluación acerca de lo que eres? Cuando atacamos algo, obviamente lo hemos hecho real. La crueldad de la que Jesús habla es la que experimentamos cuando hacemos las lecciones correctamente, realmente pedimos ayuda y comenzamos a dejar ir los resentimientos, los juicios y la auto-percepción de vernos como una víctima

tratada injustamente. La parte de nosotros que se ha identificado con nuestra "cara de inocencia" (ver T-31.V.2-5), presa de problemas más allá de nuestro control, es la parte que se aterroriza. ¿Quiénes seríamos, nos preguntamos, sin nuestros problemas, victimismo y especialismo? Luchamos contra la Expiación del Espíritu Santo y nos esforzamos poderosamente por enraizar la atención en la separación. Hemos visto que las dos formas principales del ego de hacer realidad la separación es el ataque y la enfermedad: o nos volvemos crueles con los demás al enojarnos y justificar nuestros sentimientos; o crueles hacia nosotros mismos al enfermarnos física o emocionalmente o, por ejemplo, sabotear una tarea para que perdamos nuestro trabajo o tengamos un accidente con un auto nuevo. Nosotros haremos cualquier cosa para demostrar que el ego tiene razón y que Jesús está equivocado. Ese es el mensaje de la importante lección del libro de ejercicios: "La enfermedad es una defensa contra la verdad" (Lpl.136). Cuando la verdad comienza a alborear en nuestras mentes, el ego debe atacarla y decir que la verdad no es el espíritu o la mente, sino que se encuentra únicamente en el cuerpo. Luego nos ponemos enfermos, enojados, deprimidos o frustrados de inmediato con nuestras vidas. Nuevamente, es importante reconocer estas dinámicas para que cuando la crueldad comience a ocurrir, como invariablemente ocurrirá, entenderemos el por qué. No sucede porque somos pobres estudiantes de Un Curso de Milagros, sino porque somos temerosos, y no estamos solos en esto. Nuestro miedo se intensifica cuando comenzamos a tomar este curso en serio y nos damos cuenta de que Jesús no está abordando a las personas que creemos que somos, cuerpos que leen sus palabras. ¿Por qué hablaría con

los cuerpos que nos dice que son nada, mientras nos recuerda que la mente lo es todo? Le está hablando al tomador de decisiones de la mente que eligió incorrectamente, y luego olvidó que tomó la decisión. Cuando nos damos cuenta del poder de nuestro tomador de decisiones, el miedo crece y una pequeña voz susurra: "Si sigues así, Dios te destruirá, lanzándote al olvido donde desaparecerás en la nada". Es entonces cuando el ego saca a relucir su artillería pesada para defender su existencia y protegerla de incursiones en su territorio de separación y especialismo.

(VII.5) Si eliges considerarte a ti mismo como incapaz de ser amoroso no podrás ser feliz. Te estarás auto-condenando y no podrás por menos que sentirte inadecuado. ¿Acudirías entonces al ego para que te ayudase a escapar de la sensación de insuficiencia que él mismo ha provocado y que tiene que preservar para proteger su existencia? ¿Cómo ibas a poder escaparte de su evaluación valiéndote de los mismos métodos que él utiliza para conservar esa imagen intacta? Hemos estado pidiendo ayuda al ego todo el tiempo, lo que significa que hemos confiado en nuestro propio historial y experiencia para ayudarnos a entender lo que está sucediendo ahora. El uso del ego del pasado para comprender el presente es un tema principal de Un Curso de Milagros, el cual se discutirá en capítulos posteriores. Sin embargo, dado que el Espíritu Santo no vive en el pasado y el ego no vive en el presente, al mirar hacia el pasado nos aseguramos de que nunca entenderemos Su perspectiva sobre lo que está sucediendo ahora. Las categorías que ofrece el ego para dar sentido a las circunstancias actuales pueden ser entendibles para nosotros, pero son dementes. Sin embargo, es lo que no entendemos lo que es cuerdo, pero eso

no es lo que nosotros invocamos. Jesús, por lo tanto, nos ayuda a romper nuestra dependencia del ego, especialmente porque incluso no sabemos que dependemos de sus defensas de especialismo.

Un Curso de Milagros presenta un sistema de pensamiento tan radical que, a medida que continuamos practicándolo, encontramos que nada de lo que el mundo nos ha enseñado funciona. Este curso tampoco funciona en el mundo. Esta es la razón por la cual el perdón es un proceso largo y por eso hablamos del texto como una sinfonía en treinta y un movimientos, con temas recurrentes; necesitamos escuchar la misma música una y otra vez hasta que podamos integrar su mensaje. A pesar de la naturaleza convincente de las palabras de Jesús y nuestro deseo de regresar a casa, estamos tan temerosos de perder nuestro ego que parece más fácil llevar la verdad a la ilusión, que la ilusión a la verdad. Deshacer este miedo solo puede ocurrir con el tiempo, facilitado por la infinita paciencia de Jesús (T5.VI.11:6).

(VII-6: 1-4) No puedes evaluar un sistema de creencias demente desde su interior. Su campo de acción impide esa posibilidad. Lo único que puedes hacer es salirte de él, examinarlo desde una perspectiva de cordura y notar la diferencia. Sólo mediante este contraste puede la demencia ser juzgada como demente.

Jesús claramente habla aquí del tomador de decisiones. En el gráfico, justo debajo de la línea continua a la izquierda, observa los términos Hijo de Dios, tomador de decisiones, soñador, observador. Cuando el Hijo de Dios elige regresar a su mente tomadora de decisiones se convierte en un observador de mentalidad-correcta, mirando con Jesús la locura del sistema de pensamiento del ego. No podemos entender esta locura desde dentro del

sistema y, como veremos a continuación, este fue el error del psicoanálisis.

Freud conocía la locura del ego (lo que él llamó la psique), pero lo entendió solo dentro del ego mismo, por lo que no vio forma de escapar de él. Todavía hay esperanza de escapar, una libertad que se basa en nuestra capacidad de ir más allá del ego, descrito en el texto como el proceso de elevarse por encima del campo de batalla (T-23.IV). Nos elevamos por encima del mundo y de la mentalidad-errada (que son verdaderamente uno y lo mismo, ya que las ideas no abandonan su fuente), y observamos los sueños de separación y muerte del ego con los que hemos elegido identificarnos. Los capítulos que siguen hablarán de cómo el milagro nos lleva al punto de elección en la mente donde podemos ver ambos sueños, las pesadillas del ego de especialismo y el feliz sueño del Espíritu Santo de Expiación, y ver el contraste. Entonces, y solo entonces, podemos hacer una elección significativa y juzgar la locura como una locura. Esto significa que reconocemos la fuente de nuestra locura y entendemos por qué insistimos en elegir la separación sobre la unidad, la forma sobre el contenido. El pasaje anterior es una de las primeras menciones a la importancia de alejarse del ego y observar con el Espíritu Santo, la única forma de salir de la situación imposible de vivir en el mundo. Allí no puede haber esperanza, ya que permanecemos dentro de la locura, obligándonos a adaptarnos a ella.

Por ejemplo, librar una guerra es tan demente como cualquiera de los problemas que creemos que resuelve la guerra, ya que la guerra es una reacción demente a un comportamiento demente que proviene de un

pensamiento demente que conduce a comportamientos y reacciones dementes. La locura del ego simplemente da vueltas y vueltas, la locura engendra locura. Los gobiernos funcionan de esta manera porque los individuos lo hacen, porque el ego es ese loco sistema de pensamiento de separación y ataque. Una vez más, nuestra única esperanza de liberación de esta prisión del dolor es salir del sistema. Este es el propósito de desarrollar una relación con Jesús. Su amorosa y cuerda presencia en nuestras mentes, con la que nos unimos, nos permite mirar la oscuridad de la locura del ego y sonreír, en lugar de mirar con juicio y miedo, y huir hacia una locura mayor.

(VII-6: 5-7) Aunque dispones de la grandeza de Dios, has elegido ser insignificante y lamentarte de tu pequeñez. Dentro del sistema que impuso esta elección, lamentarse es inevitable. En él tu pequeñez se da por sentada y no te detienes a preguntar: “¿Quién lo decidió así?”. La grandiosidad es una defensa contra la pequeñez. Dice que no somos pequeños sino gigantescos, porque somos Dios. La pequeñez, sin embargo, es la creencia de que somos criaturas pecaminosas, llenas de culpa, aterrorizadas de ser destruidas por la pesada mano iracunda del Cielo. Este pensamiento loco tiene sentido solo dentro del sueño de pequeñez del ego, en donde merecemos ser castigados por nuestro pecado. Sin embargo, fuera del campo de batalla de locura, tales pensamientos son una tontería, que merecen solo risas gentiles. Por cierto, damos por sentado que la pequeñez es nuestra realidad porque el ego nos dijo que es así, pero nunca preguntamos quién decidió esa identidad. Jesús nos está enseñando el hecho

redentor de que nosotros, como mentes tomadoras de decisiones, somos los otorgantes y los beneficiarios. Esta, entonces, es la súplica de Jesús al tomador de decisiones, y estamos viendo cada vez más que es a la mente a quien Jesús le habla: "No te estoy hablando a ti, un cuerpo. ¿Quién hablaría con una sombra? Me dirijo a ti, el tomador de decisiones que hizo la elección loca por el ego". Nunca pensamos en quién nos otorgó esta culpa, sino que simplemente la damos por sentada. La culpa es nuestra identidad, pero nunca consideramos de dónde vino. Negamos que viniera de nosotros, la mente tomadora de decisiones que eligió escuchar las mentiras de separación del ego y luego procedió a defender estas mentiras hasta la muerte – ¡literalmente! (VII-6: 8) La pregunta no tiene ningún sentido dentro del sistema de pensamiento del ego, ya que pondría en entredicho todo el sistema en sí.

La pregunta del pasaje anterior, "¿Quién lo decidió así?" – una obvia referencia al tomador de decisiones – no tiene sentido dentro del sistema del ego porque dentro de él no hay una mente, ni tomador de decisiones, sino solo cuerpos sin mente. El ego nunca nos permitirá recordar quién otorgó la culpa, haciendo que la pregunta no tenga sentido porque eso abriría el sistema de pensamiento del ego para ponerlo en entredicho. Al poner en entredicho la realidad del ego, nos daríamos cuenta de que su grandioso sistema de separación fue inventado. Ahora veremos cómo la versión del ego del perdón intenta mantener su grandiosidad bajo el disfraz de amorosa mentalidad-correcta.

(VII.7: 1-2) He dicho que el ego no sabe lo que es una verdadera pregunta. La falta de conocimiento, de la clase que sea, está siempre

asociada con una renuencia a saber, y esto da lugar a una completa ausencia de conocimiento simplemente porque el conocimiento es total.

No sabemos quiénes somos como parte de la totalidad porque no estamos dispuestos a saberlo. Cuestionar el ego lleva al completo deshacimiento de nuestro falso yo, o su disolución, y esto amenaza nuestro especialismo. Dudar del sistema de pensamiento de separación del ego nos devuelve al poder de la mente para elegir, la fuente de todo dolor y sufrimiento. No podemos culpar a nadie, excepto a nosotros mismos, de nuestras angustiosas vidas, porque es nuestro sueño; somos sus soñadores, por decisión de la mente.

(VII.7: 3-5) No cuestionar tu pequeñez, por lo tanto, es negar todo conocimiento y mantener intacto todo el sistema de pensamiento del ego. No puedes conservar sólo una parte del sistema de pensamiento, ya que éste se puede poner en duda cuestionando sus cimientos. Y esto se debe hacer desde fuera de él, porque dentro, sus cimientos se mantienen firmes.

Este es el fundamento perfecto para la existencia del mundo. El ego sabe que, si alguna vez cuestionamos nuestra pequeñez, su sistema de pensamiento desaparecerá en su propia irrealdad. La forma de evitar que cuestionemos nuestra decisión de separarnos del ego, es negar la mente.

Una vez sin mente, no hay forma de que nosotros, la mente tomadora de decisiones podamos cuestionar quiénes somos. Aceptamos nuestra débil identidad y damos por sentado que es nuestro yo, nacido en el mundo como un cuerpo que no tenía nada que decir en cuanto a su nacimiento. El ego no nos permite, bajo pena de incurrir en su ira cruel, volver a la fuente del problema que, como se muestra en el gráfico, se encuentra en el punto negro en la parte superior de la mente dividida. Todo el poder de

elegir el Cielo o el infierno yace allí. Es el poder de hacer que la ilusión sea real y que lo imposible sea posible, el fundamento de la existencia del ego.

Dado que esta locura solo puede ser cuestionada desde más allá de su sistema de pensamiento, Jesús nuevamente apela a la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes para que elija de nuevo.

(VII.7: 6) El Espíritu Santo juzga contra la realidad del sistema de pensamiento del ego simple-mente porque sabe que sus cimientos son falsos.

Ahora podemos entender por qué el Espíritu Santo es el enemigo, lo que realmente significa que elegir al Espíritu Santo es el enemigo. Como el ego sabe que su existencia depende de la elección de la mente, teme el potencial

de la mente para en cualquier momento cambiar su decisión. Si no tenemos mente, sin embargo, tal cambio es imposible, lo que preserva nuestra identificación original con el yo separado.

(VII.7: 7-10) Por lo tanto, nada que procede de él significa nada. El Espíritu Santo juzga cualquier creencia que tengas de acuerdo con su procedencia. Si procede de Dios, sabe que es verdadera. Si no procede de Él, sabe que no significa nada.

Este es el primer principio de los milagros: no hay grados de dificultad en

los milagros. Cualquier problema en el mundo, cualquiera sea su forma,

debe provenir del ego porque todos los problemas son intentos de distraernos del problema de la culpa de la mente. La forma del problema es

irrelevante, solo su contenido (la decisión por la culpa) es importante. El

milagro devuelve nuestra atención a la mente donde podemos juzgar al ego

verdaderamente, permitiendo que la decisión de la verdad de la Expiación

aparezca en nuestras mentes y nos lleve a casa.

En "La grandeza en contraposición a la grandiosidad" vemos claramente el miedo del ego expresado nuevamente:
(VIII.1: 1-2) La grandeza es de Dios y sólo de Él. Por lo tanto, se encuentra en ti.
En el capítulo anterior, en el contexto de la canción de unidad rapsódica de Jesús, vimos la idea del poder y la gloria que es nuestra. Esta es nuestra grandeza, que debe estar en nosotros porque vivimos en Dios. Él también está en nosotros ya que trajimos Su recuerdo cuando nos quedamos dormidos y comen-zamos nuestro sueño especial de separación.
(VIII.1: 3) Siempre que te vuelves consciente de ella, por vagamente que sea, abandonas el ego automáticamente, ya que en presencia de la grandeza de Dios la insignificancia del ego resulta perfectamente evidente.
El temor del ego es que, en presencia de la verdadera grandeza de Dios y de Su Hijo, nuestro pequeño y lamentable yo desaparecerá, porque no es nada en sí mismo. Este pequeño yo que creemos que es tan maravilloso y grandioso - esta "parodia" de nuestra creación (T-24.VII.1:11; 10:9) - sin mencionar el cosmos que nosotros construimos como nuestro hogar, no tienen sentido, y se disolverían en el instante en que volviéramos a la verdadera grandeza de Cristo. No hay otra razón para el mundo y el cuerpo, excepto para defendernos de este miedo a perder el ser que creemos que es tan valioso y verdadero. La grandiosidad del ego, por el contrario, la identidad que creemos que es merecedora de honor y respeto, es solo un pensamiento de odio que en su locura proclama que es más grande que Dios.
(VIII.1: 4-7) Cuando esto ocurre, el ego cree - a pesar de que no lo entiende - que su "enemigo" lo ha atacado, e intenta ofrecerte regalos

para inducirte a que vuelvas a ponerte bajo su “protección”. El autoengrandecimiento es la única ofrenda que puede hacer. La grandiosidad del ego es la alternativa que él ofrece a la grandeza de Dios. ¿Por cuál de estas dos alternativas te vas a decidir? Es obvio cuál elegiremos, porque lo hemos elegido y aún lo hacemos. Esta es la grandiosidad o auto-engrandecimiento (especialismo) que dice que somos criaturas maravillosas que Dios creó a Su propia imagen y semejanza. Cuando volvemos a leer la Biblia a la luz de estas ideas, queda claro por qué ha disfrutado de tan increíble popularidad en el mundo Occidental. Es el libro del ego, exaltando el ser individual y especial, el cuerpo y la personalidad, como divinos. Hace que Dios esté tan loco como nosotros, y detrás de la grandiosidad del ego está su pútrido auto-concepto de ser "la morada del mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1). Esto es la culpa; pero también es una defensa que oculta la verdadera grandeza de nuestra Identidad como Cristo. (VIII.4: 1-2) El ego queda inmovilizado en presencia de la grandeza de Dios porque Su grandeza establece tu libertad. Aun la más leve indicación de tu realidad expulsa literalmente al ego de tu mente ya que deja de interesarte por completo. Este, de nuevo, es nuestro miedo: renunciar a toda inversión en el ego. Estar sin mente nos asegura que nunca tomemos esa decisión. Pero ahora, podemos darnos cuenta de la importancia de este tema en nuestra sinfonía y reconocer con qué frecuencia se indica. Explica por qué experimentamos el vivir en el mundo y por qué existe tan fuerte resistencia al aprendizaje y la práctica de este curso. En pocas palabras, no queremos renunciar a la grandiosidad del ego para volver a la grandeza de Cristo. Esto no es más

que el miedo a recordar que nosotros mismos no somos nada, pero que
nuestro Ser lo es todo (L-III.358.1:7).
(VIII.4: 3-8) La grandeza está totalmente desprovista de ilusiones y, puesto que es real, es extremadamente convincente. Mas la convicción de que es real te abandonará a menos que no permitas que el ego la ataque. El ego no escatimará esfuerzo alguno por rehacerse y movilizar sus recursos en contra de tu liberación. Te dirá que estás loco, y alegará que la grandeza no puede ser realmente parte de ti debido a la pequeñez en la que él cree. Pero tu grandeza no es ilusoria porque no fue invención tuya. Inventaste la grandiosidad y le tienes miedo porque es una forma de ataque, pero tu grandeza es de Dios, Quien la creó como expresión de Su Amor. El ego cambiará entre pequeñez y grandiosidad, y no le importa qué loca evaluación elegimos. De cualquier manera, su movilización de energías en respuesta a nuestra grandeza es un ataque. Este es otro tema importante en nuestra sinfonía, y enfatiza la necesidad de que reconozcamos el miedo a aceptar nuevamente en nuestras mentes divididas la verdadera grandeza de nuestro Ser. Habíamos desterrado su recuerdo, escondiéndolo bajo los pensamientos egoístas de pequeñez y grandiosidad, lados opuestos de la moneda única del especialismo. Tal ataque, hacia nosotros mismos y hacia otros, sirve al propósito del ego de negar a los inocentes seres que compartimos con todas las cosas vivientes, la visión de intereses compartidos que es el requisito previo para recordar la Unidad de Cristo que está más allá de la percepción, la cual es sólo de Dios y Su Amor. (VIII.5: 1-2) Desde tu grandeza tan sólo puedes bendecir porque tu grandeza es tu abundancia. Al bendecir la conservas en tu mente, protegiéndola así de las ilusiones y manteniéndote a ti mismo en la

Mente de Dios.

Jesús se refiere a nuestra vigilancia del sistema de pensamiento del ego, lo

que realmente significa ver cuánto optamos por identificarnos con el especialismo, elevando la forma sobre el contenido y exigiendo que tengamos razón en nuestras percepciones. Esta es la terquedad con la que

todos podemos relacionarnos, y nuestras relaciones especiales son diferentes formas de expresar la resistencia a elegir el Espíritu Santo, siguiendo Su camino de perdón y desapareciendo en el Corazón de Dios.

Nos gustaría sentir que no hay nada malo con tal desaparición mientras

nuestro yo pueda seguir existiendo allí. Sin embargo, no hay yo diferenciado en el Cielo, porque la Unidad viviente del Amor de Dios es mutuamente excluyente de cualquier identidad separada.

(VIII.5: 3-4) Recuerda siempre que no puedes estar en ninguna otra parte, excepto en la Mente de Dios. Cuando te olvidas de esto, te desesperas y atacas.

Nuestros pensamientos de odio y desesperación no provienen de lo que el

mundo nos ha hecho, sino solo de la creencia de que hemos hecho algo – la

proyección de la decisión de mentalidad-errada del Hijo de abandonar su

hogar en la Mente de Dios. Como hemos negado la realidad de nuestro Ser,

¿cómo podríamos no sentirnos solos en el universo, culpando a todos y a

todo por la miseria que es el resultado inevitable de la decisión de nuestra

mente de creer en delirios?

(VIII.6: 1) El ego depende exclusivamente de que estés dispuesto a tolerarlo.

Dispuesto en Un Curso de Milagros es siempre sinónimo de decisión. Nuestra disposición a tolerar al ego proviene de nuestra decisión de hacer

que el ego sea real. Esta elección de la mente de creer en un yo separado es

el fundamento de la existencia misma del ego, sin la cual desaparecería en la nada de donde provino (M-13.1:2) ya que una ilusión no puede tener sustancia.

(VIII.6: 2-4) Si estuvieses dispuesto a contemplar tu grandeza no podrías desesperarte, y, por lo tanto, no podrías desear al ego. Tu grandeza es la respuesta de Dios al ego porque es verdad. La pequeñez y la grandeza no pueden coexistir, ni tampoco pueden sucederse alternadamente.

La pequeñez y la grandeza son evaluaciones mutuamente excluyentes: somos parte de la grandeza de Dios o de la pequeñez del ego. En nuestro miedo, continuamente arraigamos nuestra identidad especial en la pequeñez, la cual a veces se disfraza de grandiosidad. Como tenemos miedo de la grandeza inherente a Un Curso de Milagros, el ego intenta unirse a él con especialismo: en lugar de llevar la oscuridad de las ilusiones a la verdad del mensaje de Jesús, somos guiados por el ego para llevar su verdad a la ilusión. Como el mayor impulso del Curso es el enseñarnos a perdonar, el ego nos "ayuda" al hacer que el error del pecado sea real (es decir, que otros pueden hacernos daño) y luego perdonarlo, el proceso conocido como perdón-para-destruir (S-2.II). Como Un Curso de Milagros no cree en el pecado, si lo hiciera, su pecado sería "hacer que el error sea real". Cuando nosotros al principio elegimos el ego sobre el Espíritu Santo, hicimos real el error de la diminuta y alocada idea de separación, lo que nos lleva a que veamos el mundo proyectado de la separación también como real. El principio de Expiación del Espíritu Santo es la sonrisa amable que mira la diminuta y alocada idea y ve más allá de ella porque no es nada. No hace

que el error sea real y luego intenta resolverlo, sino que simplemente dice:

"¿Qué error? No sucedió nada que cambiara la Unidad perfecta – no se perdió ni una sola nota del himno Celestial". Para el ego, sin embargo, el

error de la separación es muy real, lo que hace que la culpa sea real, preparando el escenario para su defensa que establece la aparente realidad

del mundo físico: el mal, la enfermedad y la muerte. Todo esto es inventado, por supuesto, pero nuestras mentes locas todavía lo aceptan

como la realidad que elegimos sobre la grandeza de Dios y Su Hijo. Como

la verdad y la ilusión, la grandeza y la pequeñez no puede coexistir ni alternarse verdaderamente en nuestras mentes – aunque podemos soñar que

lo hacen – Jesús nos insta a no temerle a la Expiación, la cual solo puede

hacernos felices y traernos paz, al elegirla como nuestra única verdad: (VIII.11: 1-2,6-7) Sin embargo, si la verdad es indivisible, tu evaluación de ti mismo tiene que ser la misma que la de Dios. Tú no estableciste tu

valía, y ésta no necesita defensa. ... Pregúntale al Espíritu Santo cuál es

tu valía y Él te lo dirá, pero no tengas miedo de Su respuesta, pues procede de Dios. es una respuesta exaltada por razón de su Origen, y como el Origen es verdad, la respuesta también lo es.

Se puede decir que el propósito de Un Curso de Milagros reduce nuestro

miedo a la verdad, ya que reconocemos que la respuesta del ego a la pregunta "¿Qué soy yo?" no solo era falsa, sino que no nos trajo la felicidad

prometida al estar en contra de la Voluntad de Dios, la cual es perfecta felicidad (L-pl.101-103). Cuando le pedimos ayuda al Espíritu Santo, por lo

tanto, Su respuesta es siempre el perdón, que examina-remos más adelante,

pero primero miraremos la versión distorsionada del ego. Esta se basa en

ver que hay un problema en el mundo, causado por algo externo, que en la bondad de nuestros corazones perdonamos, el anteriormente mencionado perdón-para-destruir. Más específicamente, el Curso usa el término "sanador no sanado" para describir a aquel que hace que el error de separación sea real y luego intenta sanarlo, por muy bien intencionados que estos intentos puedan ser. Discutiremos esto en breve cuando veamos la sección llamada "El sanador no sanado", pero primero consideramos un párrafo en "El plan de perdón del Espíritu Santo" que nos introduce al plan de perdón del ego.

El perdón: El plan del ego

(IV.4: 1-6) El ego también tiene un plan de perdón porque estás pidiendo uno, aunque no al maestro adecuado. El plan del ego, por supuesto, no tiene sentido y nunca será viable. Al seguir su plan te pondrás simplemente en una situación imposible, que es adonde el ego

siempre te conduce. El plan del ego consiste en que veas el error claramente, y en que luego lo pases por alto. Mas ¿cómo ibas a poder pasar por alto aquello a lo que has otorgado realidad? Al verlo claramente, le has otorgado realidad y no lo puedes pasar por alto. Una vez que vemos el error como real – algo que alguien ha hecho, dicho o

pensado que está equivo-cado – nos hemos alineado con los deseos del ego

de ver el problema donde no está; es decir, en el mundo (el cuadro en la parte baja del gráfico) donde el error es visto, y no donde está (en la mente).

Como el ego quiere que veamos el problema fuera de la mente, no queriendo que veamos el problema en la mente, creó el mundo para el propósito preciso de percibir los errores que nos rodean y llamarlos pecados. Aún más, el inteligente ego nunca nos deja ver que el problema de

la culpa que no quiere que veamos en la mente no es real. Así de ingeniosa

es la locura del ego, y hay un método brillante en su locura, que todos compartimos: para mantenernos alejados de la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes, el ego inventa una historia de nuestra separación de Dios, que culmina en la creencia de que hemos pecado. Esto engendra una culpa y un terror abrumadores cuando nosotros, en nuestro estado delirante y paranoico, sentimos el inminente acercamiento de Dios, lo que significa nuestra segura destrucción si no abandonamos rápida-mente la mente. De lo anterior queda claro cómo el ego hizo real el error de la culpa, necesitando al mundo como una defensa, lo que lleva a la percepción de que el problema inventado de la culpa de la mente está en los cuerpos del mundo. ¡Un plan absolutamente brillante! Y entonces, Jesús debe enseñarnos que el mundo es una solución mal-adaptativa a un problema inexistente, siendo este último la culpa de la mente que exige una solución inútil: la proyección de culpa que nuestros cuerpos anhelan, ya que otros no pueden esperar para darnos su culpa. A esto le sigue, entonces, que el plan de perdón del ego, el perdón-para-destruir, es ver el pecado como real, y proceder a hacer algo al respecto. Si no estamos interesados en parecer espirituales, lo haremos descaradamente atacando a los pecadores, encontrando a los malhechores y llevándolos ante la justicia para que sean castigados. Si queremos parecer santos, sin embargo, diremos a los demás, en efecto: "Sí, realmente has hecho esta cosa terrible, pero entiendo y perdono tu pecado. Aun así, te amo porque todos somos niños de Dios". Es obvio, que el ego y su sistema de pensamiento de pecado, culpa y

castigo no tienen sentido, y que elude nuestro reconocimiento, permitiendo que su falta de sentido inherente se esconda detrás de las inteligentes y "misteriosas" defensas del ego, como leemos: (IV.4: 7-9) En este punto es donde el ego se ve forzado a recurrir a misterios, insistiendo en que para salvarte tienes que aceptar lo que no tiene sentido. Son muchos los que han tratado de hacer esto en mi nombre, olvidándose de que mis palabras tienen perfecto sentido porque proceden de Dios. Son tan sensatas ahora como lo fueron siempre porque expresan ideas que son eternas. Al mantenernos enfocados en lo sin significado y lo sin mente – la mente llena de culpa y el cuerpo pecaminoso – el ego nos ha mantenido efectivamente alejados de las enseñanzas significativas de Jesús sobre volver a la mente donde podemos elegir de nuevo: unidad en lugar de separación. Él felizmente refleja para nuestras mentes locas la verdad eterna del Hijo unificado de Dios, perfectamente uno con su Creador y Fuente. Pasamos ahora al sanador no sanado (y a la sección del mismo nombre), un ejemplo más especializado de alguien que practica el perdón-para-destruir. Los sanadores no sanados son a menudo personas bien intencionadas que intentan ayudar a otros, para quienes esta declaración del Capítulo 18 es directamente relevante: “No confíes en tus buenas intenciones, pues tener buenas intenciones no es suficiente” (T-18.IV.2:1-2). Son las personas bien intencionadas de quienes generalmente tenemos que huir, porque no son conscientes de su culpa inconsciente, la cual inevitablemente se proyecta. El punto aquí es que los sanadores no sanados tratan el problema donde éste no se encuentra, estableciendo una situación o condición corporal que exige intervención en forma de curación. Primero hacen el error real,

después de lo cual intentan curarlo. Esta es una forma de curación particularmente perniciosa porque parece ser benevolente, pero niega la

fuerza misma del problema que es la decisión de la mente de ser culpable.

Esto asegura que la curación nunca pueda ocurrir, y es una expresión de lo

que El Canto de la Oración llama a la sanación-para-separar (S-3.III.2-3).

Acentúa las diferencias entre el sanador y el paciente que, sin duda, existen

en el nivel del cuerpo, pero no en la mente compartida que es el objeto apropiado para la curación de todos.

Las personas se convierten en sanadores no sanados porque intentan sanar

sin estar sanados ellos mismos. Si lo estuviesen, entenderían que, si bien el

problema se manifiesta en el cuerpo, no es allí donde se necesita curación.

Así, la culpa inconsciente infecta su mente tomadora de decisiones, lo que

lleva a su expresión en formas que ocultan el odio de la separación y el especialismo que niega la unidad subyacente del Hijo de Dios. En el manual

para el maestro, Jesús analiza al sanador no sanado en la forma de alguien

que no puede aceptar la curación de la mente debido a los síntomas del

cuerpo:

Una de las tentaciones más difíciles de reconocer es que dudar de la curación debido a que los síntomas siguen estando presentes es un error que se manifiesta en forma de falta de confianza. Como tal es un ataque. Normalmente parece ser justamente lo contrario. No parece razonable, en un principio, que se nos diga que preocuparnos continuamente es un ataque. Tiene todas las apariencias de ser amor. Mas el amor sin confianza es imposible, ya que la duda y la confianza no pueden coexistir. Y el odio es lo opuesto al amor, sea cual sea la forma en que se manifieste. No dudes del regalo y te será imposible dudar de sus resultados. Ésta es la certeza que les da a los maestros de Dios el poder para ser obradores de milagros, pues han

depositado su confianza en Él. (M-7.4)

Lo anterior nos ayuda a comprender que, para ser un verdadero sanador u

obrador de milagros, uno debe confiar en que el problema corporal percibido es una forma proyectada de la culpa protegida de la mente.

Sin tal

conciencia, la intervención amable oculta el odio del ego que perpetúa su

sistema de pensamiento de culpa, ataque y muerte, haciendo imposible la

verdadera curación, la meta oculta del ego.

Ahora se describirán dos formas de sanadores no sanados, el único lugar en

Un Curso de Milagros donde se utilizan ejemplos específicos. Estas formas,

el teólogo y el psicoterapeuta, son dos entre innumerales otros, todos los

cuales reflejan el deseo de una persona de ser útil sin reconocer que la mente es el lugar del problema y su curación.

(V.1: 1-2) El plan de perdón del ego se utiliza mucho más que el de Dios. Esto se debe a que lo ponen en práctica sanadores que no han sanado, y pertenece, por lo tanto, al ámbito del ego.

Otra forma de entender por qué el plan del ego es mucho más utilizado que

el de Dios es que prácticamente nadie quiere ver que el problema está en la

mente, lo que les permitiría curarse. En cambio, las personas quieren que se

elimine el síntoma para que sus seres individuales se mantengan intactos.

Ellos pueden tener la ilusión de ser más felices, de estar libres de estrés y

sufrimiento, pero la decisión de la mente por el ego es nunca abordada,

como es abordada en el plan del Espíritu Santo.

(V.1: 3-6) Consideremos ahora con más detenimiento al sanador no sanado. Si un sanador no sanado es un teólogo, por ejemplo, puede que

parta de la premisa: "Soy un miserable pecador, y eso es lo que eres tú también". Si es un psicoterapeuta, es más probable que parta de la

creencia igualmente absurda de que el ataque es real tanto para él como para su paciente, aunque eso es algo que a ninguno de los dos debiera importar.

Los sanadores no sanados intentan sanar cuando ellos mismos no han recibido la sanación, lo que significa que no la han aceptado para sí mismos. Como hemos visto repetidamente, la sanación es solo de la mente

porque ahí es donde está la enfermedad (en la decisión de la mente por la

culpa) – de hecho, no existe un cuerpo que pueda estar enfermo. Los sanadores no sanados no han aceptado la sanación porque están aterrorizados por la mente y su poder. ¿Cómo, entonces, podrían ayudar a

otros a ver a la mente como la fuente del problema, y mucho menos como

la solución?

Específicamente, el teólogo (léase: teólogo Cristiano) ve el pecado como

real y localizado en el mundo, el cuerpo y el yo, un principio básico de las

religiones bíblicas. Entonces, como se describirá más adelante, una luz distante, la luz de Dios, desciende al mundo oscuro del pecado para salvar a

los pecadores. El pecado se hace realidad en el mundo, esperando la luz del

Cielo – es decir, a Jesús – para brillar sobre él, deshaciéndolo en un acto de

expiación, lo cual es el significado de la salvación Cristiana. Sin embargo,

el problema con esto como plan, es que el pecado no existe en el cuerpo o

en la individualidad – ¡no existe en absoluto! Es un concepto inventado,

soñado por el ego como una estratagema para mantenernos en un estado

perpetuo de separación como cuerpo, con su causa atribuida a cualquier

cosa, incluida nuestra naturaleza pecaminosa como descendientes de Adán,

pero nunca a nuestras mentes. Los teólogos son vistos aquí como sanadores no sanados porque perciben la realidad del pecado como existente en el cuerpo externo al tomador de decisiones de la mente, pero con la posibilidad de ser deshecho mágicamente por la luz del Cielo que entra en el mundo. Todo el tiempo, la verdadera fuente del pecado, la decisión de la mente, se mantiene oculta y protegida de la verdadera salvación. El psicoterapeuta (léase: terapeutas orientados psicoanalíticamente que se ocupan del pasado) es la forma contemporánea del plan del ego para el perdón. (Para estar seguros, hay otras formas de terapia que no lidian con el pasado, pero terminan cometiendo el mismo error de establecer los síntomas del paciente como reales). Los terapeutas ven el problema no como un pecado sino como neurosis, estando las causas reales enterradas en el pasado, al cual se juzga o ataca. Estos sanadores no sanados, por lo tanto, intentan brillar a la luz de su perspicaz verdad sobre la oscuridad de la neurosis, trayéndola así a la luz y deshaciéndola. Esto funcionaría si se viera que la neurosis reside en el poder de la mente para elegir, pero no es así. Por ejemplo, los dos psicólogos más brillantes del siglo XX, Freud y Jung, no supieron nada acerca de la mente; la psique para ellos fue entendida en última instancia como un aspecto del cuerpo o el cerebro, no la mente como la define Un Curso de Milagros. Las formas teológicas y psicoterapéuticas del plan del ego ejemplifican claramente al sanador no sanado en la medida en que no tratan con la mente, la causa del problema. Estando ellos mismos sin mente, ¿cómo podrían respetar el poder de la mente? Hemos visto cómo el Espíritu Santo y Jesús, respetando el poder de la mente para elegir, no intentan resolver problemas en el nivel del cuerpo donde éstos no existen. Por el contrario,

los problemas se resuelven con un milagro que devuelve las manifestaciones corporales a su fuente en la decisión de la mente de permanecer separada. Esta elección errónea está protegida por la defensa del pecado-culpa-miedo, que culmina en el mundo del pecado-culpa-miedo que es una defensa contra una defensa – el doble escudo del olvido del ego (L-pl.136.5:2).

En resumen, los teólogos Cristianos hacen que el error del pecado sea real y

luego lo resuelven haciendo que Dios esté de acuerdo con ellos. El Creador

resuelve el problema del pecado enviando a Jesús al mundo para ser crucificado como un acto de expiación sacrificial. Los psicoterapeutas, por

su parte, ven el problema de la culpa como real, un concepto psicológico, y

luego mágicamente traen la luz de la verdad de la psicología para sanar el

problema. Ninguno de los enfoques hace nada con la mente, lo que significa

que el problema sigue ahí para supurar y ser proyectado. Podemos entender,

entonces, que el plan de perdón del ego es tan popular porque no funciona,

y por eso Un Curso de Milagros nunca será popular, al menos no en mucho

tiempo – ¡porque sí funciona! Nosotros, como egos, solo queremos lo que

no funciona porque eso nos impulsa a resolver los problemas engendrados

por lo que se descompone – por ejemplo, automóviles, electrodomésticos,

relaciones personales e internacionales, cuerpos, etc. No queremos que se

resuelvan los problemas, sino continuar así sin cesar, para que la decisión

de la mente por el ego se conserve en una aparente perpetuidad.

La discusión sobre la falta de la mente en la teología y la psicoterapia

continúa:

(V.2) He dicho repetidamente que las creencias del ego no se pueden compartir, y ésta es la razón de que sean irreales. ¿Cómo puede ser, entonces, que “ponerlas al descubierto” las haga cobrar realidad? Todo sanador que busca la verdad en fantasías aún no ha sanado, pues no sabe dónde buscarla y, por lo tanto, no dispone de la solución al problema de cómo sanar.

Las creencias del ego no se pueden compartir porque nunca pueden abandonar su fuente: el pensamiento de la mente de separación e intereses

separados. Dado que este pensamiento es ilusorio, ¿cuál sería el punto de

buscar sus efectos, y luego esforzarse por perdonarlos (el teólogo) o analizarlos (el psicoterapeuta)? Esto no tiene sentido, ya que los problemas

se pueden encontrar y resolver solo en la mente, y no en el extraño mundo

de fantasía y engaño del ego. El objetivo de Un Curso de Milagros es devolver nuestra conciencia a la mente tomadora de decisiones, no al sistema de pensamiento de mentalidad-errada de separación y especialismo.

(V.3: 1-2) Las ventajas de traer las pesadillas a la conciencia es poder mostrar que no son reales y que su contenido no significa nada. El sanador no sanado no puede hacer eso porque no lo cree.

Jesús les dice a los terapeutas que puede ser ventajoso ayudar a los pacientes a mirar su pasado, pero solo para darse cuenta que ya no tiene

poder sobre ellos y que no necesita ser temido. Solo el poder de la mente

tomadora de decisiones que elige aferrarse al pasado sin significado lo vuelve significativo, y esta decisión sólo existe en el presente. Los sanadores no sanados, por supuesto, no creen esto, porque temen el poder

de la mente y, por lo tanto, encuentran consuelo en causas pasadas, ya sea

pecado o neurosis.

(V.3: 3-6) Todos los sanadores no sanados siguen de una u otra forma el

plan de perdón del ego. Si son teólogos probablemente se condenan a sí

mismos, enseñan a condenar y propugnan una solución temible. Al proyectar la condenación sobre Dios, hacen que Éste parezca vengativo, y temen Su justo castigo. Lo único que han hecho ha sido identificarse con el ego, y al percibir lo que éste hace, se condenan a sí mismos debido a esta confusión de identidad. Así se hace realidad la culpa, junto con su proyectado mundo de condena y castigo. Este último, no hace falta decir que oculta nuestra culpa detrás del velo de la ausencia de mente, dejándonos sin saber que nos condenarnos a nosotros mismos cuando condenamos a otro (ver, por ejemplo, Lpl.196,198). En nuestro estado confuso (es decir, delirante), nuestra Fuente se transforma del Dios amoroso de la verdad no-dualista en una deidad loca que ve los pecados como reales, y luego los castiga en una exhibición salvaje de venganza.

(V.3: 7) Es comprensible que muchos se hayan revelado contra este concepto, pero revelarse contra él indica que aún siguen creyendo en él.

El punto aquí debe destacarse especialmente. Cuando luchas contra algo o alguien, no importa qué tan buena sea la intención, caes en la trampa del ego de hacer que el error sea real. Sólo querías rebelarte o sublevarte, corregir o cambiar un error, si primero lo has establecido como tal y lo has etiquetado como un problema que necesita atención. Lo que sí necesita nuestra atención, sin embargo, no es un problema que no existe, sino la creencia de que existe fuera del tomador de decisiones de la mente. Jesús ahora vuelve al psicoterapeuta:

(V.4: 1-5) Algunas de las modalidades más recientes del plan del ego son tan inútiles como las más antiguas, pues la forma en que se manifiestan es irrelevante y el contenido sigue siendo el mismo. En una de estas nuevas modalidades, por ejemplo, un psicoterapeuta puede

interpretar los símbolos del ego que han aparecido en una pesadilla, y luego valerse de ellos para probar que la pesadilla es real. Habiéndole otorgado realidad, intenta entonces desvanecer sus efectos menospreciando la importancia del soñador. Éste sería un enfoque curativo

siempre que también se considere al soñador como irreal. Mas si se equipara al soñador con la mente, se niega el poder correctivo de que goza la mente a través del Espíritu Santo.

Este es otro claro ejemplo de la estrategia del ego. Inteligentemente mueve

el problema del soñador (la mente) al sueño (el cuerpo), y luego hace que la

figura del sueño crea que es real y es su propia causa. Esto no solo deprecia,

si no que directamente niega al soñador, y esta negación de la mente es el

problema. El ego primero hace real al soñador/mente a través de la culpa, y

luego niega su existencia. Esto evita que el tomador de decisiones (el verdadero soñador) corrija su error y elija al Espíritu Santo. Este era el significado de las palabras que Jesús le dijo en privado a Helen sobre Freud:

"Él sabía que había alguna cosa mala (el ego) cuando la percibió. Simplemente no sabía que las cosas malas no existen". Esto se dirige al

núcleo de la discusión de Jesús sobre los psicoterapeutas como sanadores

no sanados: ven el problema de la culpa donde no está y luego aspiran a

sanarlo, mientras que todo el tiempo el verdadero problema es la decisión

de la mente por la culpa, la cual permanece sin ser detectada ni sanada. El

terapeuta bien intencionado se convierte en un peón involuntario en el plan

del ego para preservar su existencia a través de la estrategia de nuestra

ausencia de mente al intentar corregir o sanar un problema irreal.

(V.5: 1) Si la manera de contrarrestar el miedo es reduciendo la

importancia de la mente, ¿de qué manera puede esto fortalecer al ego?

Esto es exactamente lo que ha hecho el ego. Contrarresta el miedo a la ira de Dios, la defensa contra el temor del ego a que el Hijo de Dios cambie su mente, al reducir la importancia de la mente. Por cierto, la fortaleza del ego es un concepto psicológico que se refiere a construir el sentido de uno mismo, ya que el ego nos hace creer que no está en la mente, su verdadero hogar. Paradójicamente, por lo tanto, la estrategia del ego en última instancia socava el ego mismo, ya que depende de la mente para su existencia.

(V.5: 2-3) Tales obvias incongruencias explican por qué nadie ha sido capaz todavía de explicar lo que ocurre realmente en la psicoterapia. En realidad no ocurre nada.

Estas palabras fueron escritas a mediados de la década de 1960, cuando había una investigación en curso que buscaba evaluar la eficacia de la psicoterapia. Los resultados no fueron concluyentes. En algunos estudios, un tercio de los pacientes mejoró, un tercio se mantuvo igual y un tercio empeoró. Lo anterior es el pinchazo sutil de Jesús a quienes intentan explicar lo que sucede en psicoterapia. Su respuesta de que "En realidad no ocurre nada" refleja que, al no tratar con la mente, los terapeutas se aseguran de que no ocurra nada que pueda deshacer el ego y su sistema de pensamiento de especialismo.

(V.5: 4-8) Nada real le ha sucedido al sanador no sanando, y éste no puede sino aprender de lo que él mismo enseña. Su ego siempre tratará de sacar provecho de la situación. El sanador no sanado no sabe, por lo tanto, cómo dar, y, consecuentemente, no puede compartir. No puede corregir porque no está actuando de forma que facilite la corrección. Cree que es a él a quien corresponde enseñarle al paciente lo que es real, a pesar de que él mismo no lo sabe.

Los sanadores no sanados no saben dar porque tienen miedo de recibir.
Ellos no saben cómo dar sanación, porque si lo hicieran, la recibirían.
Su
miedo a la sanación es el nuestro, porque tampoco queremos que nuestras
mentes divididas se sanen porque son el hogar de nuestra individualidad, la
fuente del ser irreal. Nosotros, como el sanador no sanado, protegemos nuestra identidad especial mediante el uso de cada situación como una
oportunidad para reforzar la creencia en la separación – es decir, somos
diferentes de aquellos a quienes estamos ayudando – y nuestra creencia
igualmente demente de que somos "la cara de inocencia" (T-31.V.2:6).
En
este sistema de pensamiento delirante y grandioso, somos personas especiales de Dios que escapan a su culpa proyectándola en otro, escondiéndonos detrás de la ilusión de que somos felices, saludables y serviciales, no solo sabiendo lo que otros necesitan, sino sabiendo que somos nosotros los que satisfacemos estas necesidades.
(V.6: 1-5) ¿Qué se debe hacer entonces? Cuando Dios dijo: "Qué haya luz", hubo luz. ¿Puedes acaso encontrar luz analizando la oscuridad, tal como hace el psicoterapeuta, o reconociendo la oscuridad en ti mismo – tal como hace el teólogo – y buscando una luz distante que la disipe al mismo tiempo que enfatizas lo lejos que está? La curación no es un misterio. Nada puede cambiar a menos que se entienda, ya que la
luz es entendimiento.
Analizar la oscuridad de las ilusiones es la táctica favorita del ego para evitar que elijamos la luz de la verdad. Crea un mundo ilusorio, lo llena de
problemas ilusorios y luego nos aconseja que abordemos estos problemas
apremiantes de neurosis y pecado. Como en verdad no hay problemas que
resolver – el oscuro mundo de la culpa del ego, no existe – estamos perpetuamente comprometidos en una búsqueda infructuosa de soluciones

que nunca se pueden encontrar, las antes mencionadas soluciones maladaptativas a problemas inexistentes. La manera de conocer la luz es

aceptar su presencia en la mente, llegando a comprender que nunca se fue allí.

(V.6: 6) Un “miserable pecador” no puede curar sin la ayuda de la magia, ni tampoco puede una “mente insignificante” apreciarse a sí misma sin esa clase de ayuda.

En psicoterapia, la mente no se considera importante; de hecho, se considera inexistente porque solo se trata del cerebro. Cuando las personas

hablan de la mente, casi siempre se refieren a una actividad del cerebro,

como hemos visto. El propio Freud, cerca del final de su vida, hizo la sorprendente declaración de que, en algún momento en el futuro, su teoría

de la neurosis se explicaría electroquímicamente. Pero el milagro de curación ocurre solo en la mente: la solución del perdón reflejada en la luz

al oscuro problema de la culpa. Centrarse en dónde no está el problema – un

cuerpo neurótico o pecaminoso – solo puede ser magia, y Dios Mismo debe

estar engañado, si es que Él tiene un plan para salvar a Sus hijos del pecado,

hijos que afirma que todavía ama, aunque condenándolos a pecar. .

(V.7: 1) Ambas formas del enfoque del ego te llevarán forzosamente a un callejón sin salida, la típica “solución imposible” a la que el ego siempre conduce.

Recuerda que el ego mantiene nuestras situaciones como incapaces de ser

resueltas, ya que eso nos impulsa continuamente a encontrar formas cada

vez más ingeniosas de resolverlos en el mundo sin mente. Considera, por

ejemplo, la multitud de catálogos que invaden nuestros buzones semanalmente, repletos de productos que hacen nuestra vida más fácil, más

eficiente y emocionante, sin mencionar la proliferación de dispositivos

electrónicos presentados a nosotros para una comunicación y entretenimiento más rápidos.

(V.7: 2-3) Tal vez sea una ayuda para alguien el que se le indique hacia donde se está encaminando, pero de poco le sirve si no se le ayuda además a cambiar el rumbo. El sanador no sanado no puede hacer eso por él, puesto que no lo puede hacer para sí mismo.

En otras palabras, puede ser útil mostrar a las personas la naturaleza del

pensamiento del ego, pero eso no sirve de nada si no los ayudamos a cambiar su dirección para que vuelvan a sus mentes correctas. En este sentido, para reiterar el punto importante, mientras que Freud fue brillante

al mostrar al mundo la caótica locura de la psique, no podía ver una salida.

No sabía que la psique misma (es decir, el sistema de pensamiento de mentalidad-errada de culpa) era inventado, fabricado por el tomador de

decisiones en alianza con el ego para asegurar la ausencia de mente del Hijo

como defensa contra el aparente horror de su pecaminosa mente. Sin apreciar el poder de la mente para elegir el ego, no hay esperanza de alcanzar la paz. En resumen, el plan de perdón y curación del ego niega este

poder al ocultar la mente misma en nubes de pensamientos, sentimientos y

experiencias que tienen sus raíces en un pasado neurótico o pecaminoso que

puede nunca ser cambiado.

Volveremos al resto del "El sanador no sanado" después de considerar el

verdadero perdón del Espíritu Santo.

El perdón: El plan del Espíritu Santo

Si el plan del ego es mantenernos sin mente, la corrección del Espíritu Santo es volvernos de mente plena, restaurando a nuestra conciencia el

poder innato de la mente para elegir. Esta conciencia es imposible sin dejar

que el ego deje de ser nuestro maestro y elijamos al Espíritu Santo en su

lugar. No hace falta decir que, en este punto, este cambio de mente es uno

de los temas centrales de nuestra sinfonía, y volvemos a él nuevamente:

(I.3: 5-7) Has urdido esta extraña situación de forma tal que te resulta imposible escapar de ella sin un Guía Que sepa cuál es tu realidad. El propósito de este Guía no es otro que el de recordarte lo que deseas. Él no está tratando de imponerte una voluntad ajena. Está simplemente haciendo todo lo posible, dentro de los límites que tú le impones, por reestablecer tu propia voluntad en tu conciencia.

Nuestra voluntad en este contexto es la capacidad de la mente para elegir.

Al re-establecerla en nuestra conciencia, tomamos conciencia de la infelicidad inherente a nuestro primer guía elegido. Esto es lo que nos motiva a elegir de manera diferente. Como he comentado antes, Jesús apela

a nuestro egoísmo, diciéndonos que nosotros nos sentiremos felices y tranquilos si elegimos aprender sus enseñanzas del perdón – lo que realmente queremos – sobre el sistema de pensamiento alienígena del ego

de culpa, ataque y dolor. Necesitamos atravesar las barreras impuestas por

nuestra resistencia, nacidas del miedo a perder nuestra identidad especial.

De ahí el aprendizaje indirecto del perdón del que se hablará en el Capítulo

14 (T-14.I.2,5), en lugar del acercamiento directo de nuestra simple aceptación de la verdad de la Expiación y rechazando la ilusión de la separación.

(I.4: 1-4) Has aprisionado tu voluntad más allá de tu propia conciencia, donde todavía se encuentra, pero desde donde no puede ayudarte. Cuando dije que la función del Espíritu Santo es separar lo falso de lo verdadero en tu mente, quise decir que Él tiene el poder de ver lo que has ocultado y reconocer en ello la Voluntad de Dios. Gracias a este reconocimiento, Él puede hacer que la Voluntad de Dios sea real para ti porque Él está en tu mente, y, por lo tanto, Él es tu realidad. Si la percepción que Él tiene de tu mente trae la realidad de ésta hasta ti, te está ayudando a recordar lo que eres.

Al invocar al Espíritu Santo, invocamos la parte cuerda de nuestras mentes,

usándola como base para mirar la locura del ego y encontrar lo que está mal. Al hacerlo, reflejamos la Cordura del Cielo, la Voluntad de Dios que es nuestra realidad. Entonces, olvidamos el yo ilusorio que fabricamos, la verdad reemplaza a la ilusión, y el recuerdo de Quiénes somos como el único Hijo de Dios alborea en nuestra memoria, el cual ya no está oculto, sino que se conoce.

Este recuerdo ocurre a través del plan de perdón del Espíritu Santo, y pasamos a algunos pasajes, entre muchos, muchos otros y similares a los

que ya hemos visto, que hablan de nuestra necesidad mirar a las personas

como uno con nosotros. Debemos recordar que el problema es que apreciamos tanto nuestra separación de Dios que creamos un sistema de

pensamiento de individualidad, coronado por un mundo material en el que

la separación “probada” es real al acentuar las diferencias entre nosotros.

Fabricamos cuerpos para ser diferentes, no solo en la forma, sino en el contenido, de otros que quieren de nosotros lo que secretamente queremos

de ellos. En consecuencia, el mundo de los cuerpos se convirtió en un campo de batalla de enemigos diferenciados, un concepto que se deshace al

mirar a todos como iguales, ya que compartimos la misma mente dividida:

mente errada, mente correcta y tomador de decisiones. La importancia de

este tema, que refleja la Unidad del Hijo del Cielo, se puede ver en los siguientes pasajes de "La respuesta a la oración":

(II.4: 1-2,4-8) Si quieres tener certeza de que tus oraciones son contestadas, nunca dudes de un Hijo de Dios. No pongas en duda su palabra ni lo confundas, pues la fe que tienes en él es la fe que tienes en

ti mismo. ... ¿Cómo ibas a poder pedirle algo al Espíritu Santo sinceramente, y al mismo tiempo dudar de tu hermano? Cree en la veracidad de sus palabras por razón de la verdad que mora en él. Te

unirás a la verdad en él, y sus palabras serán verdaderas. Al oírlo a él me oirás a mí. Escuchar la verdad es la única manera de poder oírla ahora y de finalmente conocerla.

(II.6:1-5) No puedes rezar sólo para ti, de la misma manera en que no puedes encontrar dicha sólo para ti. La oración es la re-afirmación de la inclusión, dirigida por el Espíritu Santo de acuerdo con las leyes de Dios. En tu hermano reside tu salvación. El Espíritu Santo se extiende desde tu mente a la suya, y te contesta. No puedes oír la Voz que habla

por Dios sólo en ti, porque no estás solo.

(II.6:8-12) No tendrás confianza en la dirección que te ofrece el Espíritu Santo, o no creerás que es para ti, a menos que la oigas en otros.

Tiene

que ser para tu hermano por el hecho de que es para ti. ¿Habría acaso creado Dios una Voz que fuese sólo para ti? ¿Cómo podrías oír Su respuesta, excepto cuando el Espíritu Santo responde a todos los Hijos de Dios? Oye de tu hermano lo que quisieras que yo oyese de ti, pues tú

no querías que yo fuese engañado.

(II.7:5-7) Si me quieres oír, oye a mis hermanos en quienes la Voz que habla por Dios se expresa. La respuesta a todas tus oraciones reside en

ellos. Recibirás la respuesta a medida que la oigas en todos tus hermanos.

(II.8:1) Cree en tus hermanos porque yo creo en ti, y aprenderás que está justificado que yo crea en ti.

(II.8:7) Oye únicamente la Respuesta de Dios en Sus Hijos, y se te habrá contestado.

En estas declaraciones, Jesús corrige la percepción errónea de que nuestros

hermanos son diferentes a nosotros, una idea entretrejida en la estructura de

nuestra experiencia hasta el punto de que es difícil desarraigarla y deshacerla. Nuestra existencia se basa en la diferencia entre Dios y Su Hijo,

y todo, incluido el universo físico, ha surgido de ese pensamiento – las ideas sí abandonan su fuente. Además, no es solo que tú y yo somos diferentes, sino que tú y yo somos enemigos. Necesito que seas diferente,

porque así es como yo elimino mi culpa. Te la proyecto para que te

conviertas en el pecador culpable y, siguiendo el principio de uno u otro, me quedo sin culpa. Ahora eres el salvador que me libera de mi culpa, y justifico mi proyección demostrando tu pecaminosidad al mundo. Darte mi culpa es el primer ataque, que yo he fabricado al organizar un plan de alianzas contra ti que creo que está completamente justificado. No son solo los países los que buscan formar alianzas; todos lo hacemos también, buscando aliados en nuestras familias contra otros miembros de la familia, formando camarillas contra otros en nuestras oficinas y usando amigos para atacar a nuestros amigos. Jesús nos está enseñando a reconocer esta necesidad desesperada de que los socios de la coalición se unen a nosotros en alianzas de odio, tomando así conciencia del dolor que ello nos causa. Es esta conciencia la que finalmente nos motiva a cambiar nuestras percepciones y a ver el mundo a través de los ojos sanadores de la visión de Cristo.

Continuamos ahora con pasajes adicionales que nos reflejan la similitud inherente (dentro de la ilusión) y la unidad (en la verdad) del Hijo de Dios:

(VI.3: 1-5) Si tus hermanos forman parte de ti, ¿por qué no los ibas a aceptar? Sólo ellos pueden enseñarte lo que eres, pues lo que aprendes es el resultado de lo que les enseñaste. Lo que invocas en ellos lo invocas en ti. Y al invocarlo en ellos cobra realidad para ti. Dios no tiene más que un Hijo, y los conoce a todos cual uno solo.

La Unidad de la Filiación con su Fuente es un tema central que queremos llevar con nosotros cada vez que estemos tentados a ver a la Filiación como cualquier cosa menos como unificada. Cualquier pensamiento de especialismo – codiciando o necesitando algo de los demás; criticando o

encontrando fallas en ellos – es parte del plan del ego para probar que el
Espíritu Santo habla falsamente mientras que él solo dice la verdad. Un
Curso de Milagros revela este plan que se expresa en las cosas
concretas de
nuestras vidas. Recordemos, "este es un curso muy práctico, y lo que
dice
es exactamente lo que quiere decir" (T-8.IX.8:1). Este Curso nos
enseña a
cerrar la brecha entre sus verdades metafísicas y su aplicación. La
Unidad
no significa nada si no vivimos en ella, lo cual aprendemos a hacer al
tomar
conciencia de cuánto no queremos vivir de acuerdo con ella, y
tomando la
decisión de separarnos del amor de Jesús en nuestras mentes. Solo de
esta
manera puede nuestro hermano mayor guiarnos para ver más allá de
nuestra
resistencia a la misma mente dividida en todos los Hijos de Dios. Nos
ayuda a entender que lo que nosotros enseñamos a los demás es lo
que
aprendemos sobre nosotros mismos, y lo que nos enseñamos es lo que
haremos que otros aprendan: pecado o inocencia, culpa o perdón.
(VI.3: 8-11) Si lo que le haces a mi hermano me lo haces a mí, y si todo
lo que haces te lo haces a ti mismo porque todos somos parte de ti,
todo
lo que nosotros hacemos es para ti también. Todo aquel que Dios creó
forma parte de ti y comparte Su Gloria contigo. Su Gloria le pertenece
a Él, pero te pertenece igualmente a ti. No puedes, por lo tanto, ser
menos glorioso que Él.
Esto no significa que tengamos que ver la gloria cuando una persona
actúa
tontamente. Confiar en nuestro hermano (L-pl.181) no significa confiar
en
su ego. No negamos el comportamiento agresivo basado en el ego,
sino más
bien miramos más allá, hacia la unidad inherente del Hijo de Dios –
tanto

en la verdad como en la ilusión. Somos uno como Cristo, el glorioso Hijo de Dios; y uno en la locura de la mente dividida que niega la gloria de la creación de Dios. Jesús quiere que reconozcamos que él no es diferente de nosotros excepto en el tiempo, y el tiempo no existe realmente (recuerda T1.II.4:1).

(VI.4: 3-4) Ni la Luz de Dios ni la tuya se atenúan por el hecho de que tú no veas. Puesto que la Filiación sólo puede crear como una sola entidad, recuerdas a toda la creación cada vez que reconoces parte de ella.

El problema es que no queremos recordar la creación, porque la creación es una y somos parte de la unidad que amenaza nuestra existencia especial. Si la forma de recordar la creación es recordar parte de ella, entonces, la forma de no recordar la creación es negar parte de ella y, al negarla, preservamos nuestros yo'es creados falsamente. Esto explica por qué juzgar es una parte inherente del ser humano: fuimos creados a partir del juicio, y la distancia del juicio al odio es muy corta. Sin embargo, esta distancia se eclipsa suavemente cuando aceptamos la Expiación, para nosotros y para los demás, reconociendo que la luz de Dios y Su creación nunca se ha extinguido, incluso cuando el especialismo nos cegó temporalmente a su resplandor.

(VI.4: 5-6) Cada parte que recuerdas contribuye a tu plenitud porque cada parte está completa. La plenitud es indivisible, pero no puedes saber de la plenitud que gozas hasta que no la veas por todas partes. En Un Curso de Milagros se nos enseña que el todo se encuentra en cada parte. Toda la Filiación se encuentra en todos porque somos fragmentos del mismo todo, y cada uno de nosotros lleva dentro de sí una memoria fragmentada de esa totalidad. Cuando a través del perdón recordamos,

conocemos al Hijo como un todo y ya no como un fragmento. Así, el libro

de ejercicios dice: "Cuando me curo, no soy el único que se cura" (Lpl.137); "Un hermano es todos los hermanos. Y en cada mente, se encuentran todas las mentes, pues todas las mentes son una" (Lpl.161.4:1-

2). Sin embargo, hasta que aceptemos esta verdad de nuestra unidad, necesitamos practicar diariamente el ver la misma mente dividida en cada

persona que conocemos o incluso en las que pensamos.

(VI.5: 1-3) Todavía no estás despierto, pero puedes aprender a despertar. El Espíritu Santo te enseña a despertar a otros de una manera muy simple. A medida que los veas despertar aprenderás lo que significa despertar, y puesto que has elegido despertarlos, su gratitud y aprecio por lo que les has dado te mostrará el valor de despertar.

Despertamos a otros recordándoles, con nuestra presencia pacífica, que

pueden hacer la misma elección de la mentalidad-correcta que nosotros

hemos hecho. De hecho, la forma en que fortalecemos nuestra decisión es

dejar que su amor se extienda a otros. Como nuestra demostración les recuerda que elijan despertar, esto refuerza nuestra propia determinación

para hacer lo mismo. ¿Cómo, entonces, podría el Hijo de Dios no dar gratitud por el don de recordar? Es esta gratitud nacida de la comprensión

de nuestra igualdad, el reflejo de la unidad del Cielo, la que anuncia el fin

del sueño de separación del ego. Y entonces nuestros ojos se abren con

lágrimas de dicha y alegría porque la pesadilla de la culpa ha terminado y

ya casi estamos en casa.

(VI.5: 4-5) Ellos se convertirán en testigos de tu realidad, tal como todos vosotros fuisteis creados testigos de la de Dios. Mas cuando la Filiación se unifique y acepte su Unicidad se la conocerá por sus creaciones, las cuales dan testimonio de su realidad del mismo modo en

que el Hijo da testimonio del Padre.

Aquí vemos una integración de la Unidad Metafísica del Cielo con su reflejo en el mundo. La Unidad de Dios, Cristo y Sus creaciones – la extensión atemporal y no-espacial del amor – es reflejada en la ilusión mientras aprendemos a ver a nuestros hermanos y a nosotros mismos compartiendo el mismo interés de despertar del horrible mundo del ego que

fue testigo de nuestra culpa y miedo.

(VI.6: 1-3) Los milagros no tienen cabida en la eternidad porque son reparadores. Sin embargo, mientras aun necesites curación, tus milagros son los únicos testigos de tu realidad que puedes reconocer.

No

puedes obrar un milagro para ti mismo porque los milagros son una forma de dar aceptación y de recibirla.

Este es un curso de milagros porque ellos corrigen el sistema de pensamiento del ego de uno u otro. Los milagros son testigos de la unidad

de la Filiación, y su poder para corregir (es decir, el perdón) no puede ser

sólo para nosotros y no para todos. Aprendemos que el principio de Expiación es verdadero – la separación de Dios y la fragmentación de Su

Hijo nunca sucedió – y que estamos unidos en la culpa del ego tal como

somos uno en el milagro de corrección del Espíritu Santo.

(VI.7: 7-9) El significado de Dios está incompleto sin ti, y tú estás incompleto sin tus creaciones. Acepta a tu hermano en este mundo y no

aceptes nada más, pues en él encontrarás tus creaciones toda vez que él

las creó contigo. No sabrás que eres un co-creador con Dios hasta que no aprendas que tu hermano es un co-creador contigo.

Nuevamente, Jesús reúne los niveles metafísicos y prácticos de su curso. Al

recordar nuestra función en el Cielo, como espíritu creando a semejanza de

Dios, aprendemos a deshacer las barreras de separación que colocamos

entre nosotros y ese recuerdo. Esta falta de perdón se deshace

sistemáticamente, día tras día en todas nuestras relaciones, corrigiendo la percepción errónea de que nuestros intereses están separados de los de los demás.

A medida que se desarrolla nuestra sinfonía, veremos esta idea expresada como una fórmula: vemos el rostro de Cristo en nuestro hermano y recordamos a Dios. Ver el rostro de Cristo en otro (un tema que aún no hemos discutido) es ver la inocencia detrás del pecado, la luz que brilla a través de la oscuridad de la culpa. Nosotros vemos esta cara en otro porque la hemos visto en nosotros mismos: la proyección (o extensión) da lugar a la percepción. Deshacer el sistema de pensamiento del ego, basado en la división y las diferencias, nos permite ver el propósito de otro como el nuestro. Cuando se deshace el ego, todo lo que queda es la Presencia del Espíritu Santo, el recuerdo de Dios y Su Amor, el cual aumenta sin obstáculos en nuestras mentes. Siempre estuvo ahí, pero lo habíamos cubierto con capas de separación y especialismo que no tienen poder para destruir la verdad de la creación.

Vemos en estos pasajes cómo Un Curso de Milagros tiene como objetivo ayudarnos a recordar nuestra identidad: combinando su elevada visión de la Unidad de la creación con pautas específicas para vivir aquí. Esto nos lleva específicamente al plan de perdón del Espíritu Santo. Pasamos primero a "La corrección del error", otra sección importante que aborda un problema que todos enfrentan: cómo estar en la presencia de lo que son errores obvios, ya sea lanzar bombas sobre personas inocentes, observar cómo los hijos de uno toman decisiones hirientes, o como los maestros de primaria

ven los errores de sus alumnos en aritmética. En otras palabras, Jesús responde a la pregunta de cómo corregimos el error con la mentalidad-correcta, contrastándolo con el abordaje de mentalidad-errada de proyección y ataque del ego:

(III 2: 1-3) Para el ego lo caritativo, lo correcto y lo apropiado es señalarles a otros sus errores y tratar de "corregirlos". Esto tiene perfecto sentido para él porque no tiene idea de lo que son los errores ni de lo que es la corrección. Los errores pertenecen al ámbito del ego, y la corrección de los mismos estriba en el rechazo del ego.

La verdad es que nos deleitamos en encontrar errores y no podemos esperar

a que alguien cruce nuestras "líneas en la arena". La última oración es importante: "Los errores pertenecen al ámbito del ego, y la corrección de

los mismos estriba en el rechazo del ego". Todos cometemos errores aquí,

haciendo cosas malas o tontas, pero antes de que podamos corregir el error

de otro, primero debemos soltar el ego. Si no lo hacemos, el ego, que siempre está en el hacer, saltará sobre los errores de otros y buscará castigarlos. Siguiendo su guía llena de odio, acentuamos las diferencias

entre nosotros y los demás: ellos son los pecadores que merecen ser castigados, mientras nosotros seguimos siendo los niños de Dios sin pecado. Incluso podríamos asumir el papel del sanador no sanado y practicar el perdón-para-destruir, donde todavía vemos pecado, pero en

lugar de acusar a los pecadores, afirmamos, en cambio, que merecen ser

amados. Pero – ¡siguen siendo unos miserables pecadores! Esta percepción

es inevitable cuando nos identificamos con el sistema de pensamiento de

separación y juicio del ego porque el principio de que la proyección da lugar a la percepción exige que veamos nuestro pecado en otro. En el instante santo, sin embargo, donde el ego se ha ido, practicamos el perdón

del Espíritu Santo y dejamos que su amor se extienda a través de nosotros

para abrazar el mundo:

(III 2: 4-10) Cuando corriges a un hermano le estás diciendo que está equivocado. Puede que en ese momento lo que esté diciendo no tenga sentido, y es indudable que si está hablando desde su ego no lo tiene. Tu tarea, sin embargo, sigue siendo decirle que tiene razón. No tienes que decírselo verbalmente si está diciendo tonterías. Necesita corrección en otro nivel porque su error se encuentra en otro nivel. Sigue teniendo razón porque es un Hijo de Dios. Su ego, por otra parte, está siempre equivocado, no importa lo que diga o lo que haga. Esto no significa que hagamos la vista gorda a lo que la gente está haciendo, o que nos abstengamos de corregir los errores de las personas en el nivel de forma. Aun así, nuestra función es decirles que tienen razón. La gente puede estar equivocada como egos, pero siguen siendo perfectos como Hijos de Dios. Por lo tanto, no buscamos castigar a otros por sus errores, sino que con nuestra demostración indefensa corregimos la creencia en la separación que siempre es la fuente del error. Recuerda que lo que llevó a la creación del mundo fue nuestro error percibido contra Dios: un pecado atroz que solo merecía castigo. Aunque el mundo de los cuerpos era nuestro escondite, los pensamientos del ego continúan recreando el pecado de separación ya que el mundo no es más que la proyección del contenido mental del pecado, la culpa y el miedo al castigo: las ideas no abandonan su fuente. Constantemente cometemos errores y creemos que seremos castigados por ellos. Este era el mensaje del ego para nosotros al principio, un pensamiento arquetípico en la mente de todos que nos dice que somos unos pecadores miserables quienes solo merecen castigo. El ego, por supuesto, nos castiga e hizo un sueño en el que los cuerpos nacen, viven y mueren como prueba de

la ira vengativa de Dios. Sin embargo, si es nuestro sueño, nuestras vidas no tienen por qué ser así a menos que creamos en la ley del pecado y la retribución del ego, y nos identifiquemos con ella. Cuando las personas cometen errores, esperan una reacción punitiva. Cuando, sin embargo, solo corregimos sus errores – tal vez con firmeza, pero siempre con buena intención – transmitiéndoles el mensaje de que sus "pecados" no tienen que ser castigados, les significamos que no son pecados. Esta respuesta, totalmente diferente de la del ego, nos establece como mensajeros del Espíritu Santo y nuestro devenir, como Jesús antes que nosotros, en Su manifestación. Al no encontrar ningún error para ser castigado, invalidamos el sacrosanto principio trinitario del ego de pecado, culpa y miedo. Nuestros ojos ven la forma del error, pero con la visión de Jesús como nuestro guía, miramos más allá hacia el contenido de la verdad que está en la mente de todos. En otras palabras, nosotros pasamos por alto la sombra del pecado para ver solo la luz que brilla detrás de ella. De hecho, una de las palabras clave del Curso para describir el perdón es pasar por alto, usándose de una manera decididamente diferente del uso ordinario. En el discurso cotidiano, por ejemplo, cuando pasamos por alto algo, literalmente no lo vemos. Podemos estar buscando un papel importante que sabemos que está en nuestro abarrotado escritorio, pero lo pasamos por alto, lo que significa que no lo vemos a pesar de que está allí. Reiterando este importante aspecto de nuestra curación, en Un Curso de Milagros, las palabras pasar por alto significan "mirar más allá". Vemos la oscuridad del

error, pero sabemos que es una defensa contra la luz que aún brilla en aquellos que podemos haber etiquetado como pecadores. Siguiendo el principio de Expiación del Espíritu Santo, nos damos cuenta de que la luz brilla no importa cuántas capas de oscuridad coloquemos entre ella y nosotros.

Una vez más, el punto no es que dejemos de corregir errores en el nivel de forma, sino que lo hagamos con gentileza en lugar de con ira. La maestra de tercer grado sería negligente si no corrigiera los errores de Johnny cuando suma o resta incorrectamente. Decirle que es maravilloso y que su trabajo es perfecto cuando está mal, no lo ayudará a vivir en el mundo de manera efectiva. Hay una manera de corregir su error mientras le dice que tiene razón como Hijo de Dios. A pesar de que cometió un error, y uno que él puede haber cometido quince veces antes, sigue siendo amado y merecedor de un amable respeto debido a Quien es él.

Ya sea a nivel individual o mundial, podemos detener la agresión de una manera que pueda ser firme y amable cuando reconocemos que sea cual sea la forma del error – siempre debemos recordar que no existe una jerarquía de ilusiones y que no hay grados de dificultad en los milagros – no tiene poder para ocultar la luz de Cristo en el Hijo de Dios. Si negamos la luz en una persona a quien consideramos malvada, la negamos en todas las personas. No puede ser que un individuo o grupo particular tenga la luz y nadie más la tenga. O todos comparten la luz o no está en ninguna parte, porque el todo se encuentra en cada parte y cada una es parte integral del todo. La forma en que el mundo corrige los errores simplemente los

refuerza, razón por la cual nunca cambia nada aquí. El error original de la separación se recicla continuamente mediante proyección, ataque y defensa.

(III.3: 1-3) Si le señalas a un hermano los errores de su ego, tienes forzosamente que estar viendo a través del tuyo porque el Espíritu Santo no percibe errores. Esto tiene que ser verdad, toda vez que no existe comunicación entre el ego y el Espíritu Santo. Lo que el ego está diciendo no tiene sentido, y el Espíritu Santo no intenta comprender nada que proceda de él.

Lo anterior refleja el principio de que no hay grados de dificultad en los milagros e ilustra su importancia. Nada aquí tiene sentido. Por ejemplo, la

cuestión de lanzar o no lanzar una bomba es razonable solo si creemos que

hay un mundo que puede verse afectado por tal decisión, que no lo hay.

Esto, por supuesto, es difícil porque invierte todas las reglas, principios y

leyes que el mundo aprecia – sin excepción. El Espíritu Santo no puede quedar atrapado en una forma de juzgar, ni tampoco en ver los errores como

reales y luego arreglarlos. Más bien, Él ve que todos los errores provienen

de la misma fuente: la decisión de la mente por el ego. El hecho de que los

sistemas de pensamiento del ego y del Espíritu Santo sean mutuamente

excluyentes es la expresión de mentalidad-correcta del principio de uno u

otro: no puede haber lugar de encuentro entre ellos – la verdad es verdad, la

ilusión es ilusión, y nunca se encontrarán las dos.

En el siguiente pasaje, Jesús hace el mismo punto de no necesitar analizar

las formas tomadas por el sistema de pensamiento de separación e ilusión

del ego, sino en el ir más allá de ellas al contenido:

(IV.11: 3-8) Los símbolos de las fantasías pertenecen al ámbito del ego, y de éstos puedes encontrar una infinidad. Mas no busques significado

en ellos. Están tan desprovistos de significado como las fantasías en las que van entretejidos. Los cuentos de hadas pueden ser placenteros o atemorizantes, pero nadie cree que son verdad. Tal vez los niños crean en ellos, y así, por algún tiempo, son verdad para ellos. Mas cuando la realidad alborea, las fantasías desaparecen.

Como no hay grados de dificultad en los milagros, no hay grados de dificultad en la resolución de problemas, como William Thetford solía decir. Como todos los problemas – las agradables formas de amor especial o

las temerosas de odio especial – derivan de la culpa, únicamente el volver a

la mente y elegir de nuevo puede borrarlos y deshacer las fantasías del ego

de separación y pecado. Las formas especiales del error no importan, pero

la corrección de la decisión defectuosa de la mente ciertamente sí importa.

(III.4: 1-2) Reaccionar ante cualquier error, por muy levemente que sea, significa que no se está escuchando al Espíritu Santo. Él simplemente pasa por alto todos los errores, y si tú les das importancia, es que no lo estás oyendo a Él.

La palabra clave aquí es reaccionar. Que cometemos errores es un hecho,

pero cuando reaccionamos a ellos es solo porque primero los hicimos reales

y les dimos poder para afectar nuestra paz. Por ejemplo, a menudo decimos

a otros que fuimos pacíficos hasta que actuaron cruelmente, dejándonos sin

más remedio que actuar en consecuencia. Los niños pequeños se comportan

de esta manera, al igual que los niños grandes. Todos buscamos justificar

nuestros locos ataques acusando a quienes nos han hecho daño: "Tú primero me lo hiciste a mí". Nos encontramos reaccionando a los errores de

los demás como una justificación para perpetuar el sistema de culpabilidad,

ataque y defensa del ego, preservando nuestra identidad como seres

separados, aparentemente para siempre.

(III.4: 3-6) Si no lo oyes, es que estás escuchando al ego, y mostrándote

tan insensato como el hermano cuyos errores percibes. Esto no puede ser corrección. Y como resultado de ello, no sólo se quedan sus errores sin corregir, sino que renuncias a la posibilidad de poder corregir los tuyos.

Si te percibo como pecaminoso o malvado, debo creer que soy tan pecaminoso o malvado como tú; de lo contrario, no nos vería así: la proyección da lugar a la percepción. Las palabras pecaminoso y malvado

son obviamente interpretaciones, porque cuando podemos describir el comportamiento y enumerar los errores de manera objetiva, podemos ver

que ninguno de ellos merece el juicio de que no son niños de Dios; ningún

error justifica la percepción – realmente la percepción errónea – de que las

personas merezcan ser castigadas porque son malas. Cuando vemos lo difícil que es ver solo la inocencia en nuestra vida diaria, imagina la dificultad en una escala nacional o internacional. El mundo está en tan mal

estado porque la raíz del problema nunca es examinada. Por lo tanto, sería

útil observar nuestras reacciones cuando las personas dicen cosas con las

que nosotros no estamos de acuerdo o hacen cosas hirientes para ellos mismos o para otros. Si nos encontramos reaccionando de alguna manera

excepto con paz, amabilidad y comprensión, necesitamos pedirle ayuda a

Jesús lo más rápido posible, y darnos cuenta de que estamos tan locos como

aquellos a quienes acusamos, porque nuestras reacciones reflejan haber

regalado la paz de nuestra mente. Esto significa que estamos escuchando la

voz equivocada. Si bien esto no es un pecado, es, sin embargo, un error, el

haber elegido el ego sobre Jesús, una decisión que nunca nos hará felices
porque evita nuestra aceptación de la corrección del Espíritu Santo, para los demás y para nosotros mismos – la perfecta solución del ego en la que nadie gana y todos pierden.
(III.5: 1-4,6) Cuando un hermano se comporta de manera demente sólo lo puedes sanar perci-biendo cordura en él. Si percibes sus errores y los aceptas, estás aceptando los tuyos. Si quieres entregarle tus errores al Espíritu Santo, tienes que hacer lo mismo con los suyos. A menos que ésta se convierta en la única manera en que lidias con todos los errores, no podrás entender cómo se deshacen. ... Tu hermano tiene tanta razón como tú, y si crees que estás equivocado te estás conde-nando a ti mismo.
Este es uno de los temas centrales de la sinfonía del perdón de Jesús: lo que le hacemos a nuestros hermanos nos lo hacernos a nosotros mismos. Vemos en nuestras percepciones de otro lo que silenciosa-mente hemos percibido en nuestro interior: locura o cordura, miedo o amor, pecado o error. El juicio se convierte en el arma del ego por excelencia, protegiendo el juicio original del Hijo contra Dios y por la separación, mientras que abandonar el juicio – el plan de perdón del Espíritu Santo – sana el sueño y corrige suavemente el error de haber percibido mal al Hijo de Dios. A medida que aceptamos la corrección en nuestras mentes, lo hacemos por la Filiación como un todo ya que las mentes están unidas. Nuestra elección de la mentalidad-correcta le recuerda al mundo que puede decidir de manera similar, sanándonos como uno, porque así somos en verdad.
Recordemos nuevamente la lección del libro de ejercicios: "Cuando me curo no soy el

único que se cura" (L-pl.137).

(III.6: 4) Tu función no es cambiar a tu hermano, sino simplemente aceptarlo tal como es.

Para no cambiarnos a nosotros mismos, siempre buscamos cambiar a los demás. La arrogancia del ego aquí se basa en pensar que sabemos que es lo

que hay que cambiar, y que somos nosotros los que debemos hacerlo.

De

nuevo, esto no significa que nos abstengamos de responder conductualmente a las distintas situaciones, sino solo que antes de hacerlo,

nosotros primero consideremos quién será nuestro guía, el maestro de juicio

o el Maestro de aceptación. Elegir el Espíritu Santo significa aceptar la igualdad inherente que une los fragmentos separados de la Filiación en la

locura del pecado y en la cordura del perdón, en el juicio del ego y en la

visión de Cristo.

(III.6: 7) Percibir errores en alguien, y reaccionar ante ellos como si fueran reales, es hacer que sean reales para ti.

La única reacción que tiene sentido es la paz, y esa no es una reacción sino

un estado mental. En este sentido, entonces, reaccionar significa responder

de una manera que cambia nuestro estado debido a lo que otro ha dicho o

hecho. Le hemos dado poder a esa persona sobre nosotros, y al hacerlo

hemos arrojado lejos el poder de la mente, el cual es la única causa de no

estar en paz. El problema no es lo que ven nuestros ojos, sino cómo nuestra

mente interpreta lo que ven. En otras palabras, nadie ni nada fuera de nosotros puede quitarnos la paz que es nuestra. Necesitamos reforzar en

nosotros y en nuestros hermanos el poder de la mente para elegir.

Cuando

buscamos castigar a alguien – en pensamiento, palabra o acción –

demostramos que la decisión por el ego es correcta: la mente es pecaminosa, y el escapar del mal interior debe pasar por esconderse en el

mundo y en el cuerpo, proyectando la responsabilidad de nuestro miserable

estado en otras causas además de la decisión de la mente. Dicho sucintamente, hemos hecho que el error de separación sea real para todos

nosotros:

(III.7: 1-5) Los errores que tu hermano comete no es él quien los comete, tal como no eres tú quien comete los tuyos. Considera reales sus errores, y te habrás atacado a ti mismo. Si quieres encontrar tu camino y seguirlo, ve sólo la verdad a tu lado, pues camináis juntos. El Espíritu Santo en ti os perdona todo a ti y a él. Sus errores le son perdonados junto con los tuyos.

Si nos tomamos en serio el regresar a casa, a Un Curso de Milagros como el

medio para llegar allí, y al Espíritu Santo o a Jesús como nuestro Maestro,

debemos ser igualmente serios acerca de Sus medios de perdón.

Nosotros

necesitamos buscar la visión de Cristo como nuestra guía, ya que solo esta

nos permite ver nuestros intereses compartidos con todos. Ya sea que ellos

tengan razón o estén equivocados en la forma, el contenido de amor de

nuestros hermanos es uno. En este nivel no podemos evitar caminar juntos

con todas las personas; juntos, o no en absoluto, sigue siendo la gentil corrección para el uno u otro del ego.

(III.7: 6-9) La Expiación, al igual que el amor, no opera aisladamente.

La Expiación, no puede operar aisladamente porque procede del amor.

Cualquier intento que hagas por corregir a un hermano significa que crees que puedes corregir, y eso no es otra cosa que la arrogancia del ego. La corrección le corresponde a Dios, Quien no conoce la arrogancia.

La regla general que nos guía mientras viajamos a casa con Jesús es que

cualquier pensamiento que nos diferencie a los miembros de la Filiación es del ego. La forma separa, por eso Jesús dirá: "Nada es tan cegador como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7). Para estar seguros, los cuerpos son diferentes entre sí, física y psicológicamente, pero nuestra lección es que somos mentes y en ese nivel somos iguales. En consecuencia, cuando buscamos corregir a otro, solo puede ser la arrogancia del ego que nos dirige a acentuar las diferencias inherentes en nuestra posición superior con respecto a otro que está equivocado. Una vez más, tener esta conciencia no significa necesariamente que no corrijamos los errores verbal o conductualmente, pero si significa que nuestras palabras y acciones reflejarán la igualdad inherente del Hijo de Dios, y no el juicio que mantiene intacta la creencia compartida en la separación. (III.8: 1-4) El Espíritu Santo lo perdona todo porque Dios lo creó todo. No trates de asumir Su función, o te olvidarás de la tuya. Acepta únicamente la función de sanar mientras estés en el tiempo porque para eso es el tiempo. Dios te encomendó la función de crear en la eternidad. Esto presagia el tema posterior de "La pequeña dosis de buena voluntad" (T-18.IV); donde solo se nos pide que hagamos nuestra pequeña parte en la salvación, que es pedir la ayuda del Espíritu Santo para que aceptemos Su visión de intereses compartidos como corrección para el juicio del ego de intereses separados. Esta función del perdón o curación dentro de la ilusión, deshace el ego, permitiendo que el recuerdo de nuestra función de creación en la eternidad alboree en nuestras dichosas mentes. Para lograr esto solo necesitamos mirar el sistema de odio del ego y decir: "Ya no quiero esto", como ahora leemos:

(III.8: 5-11) No necesitas aprender cómo crear, pero necesitas aprender a desealarlo. Todo aprendizaje se estableció con ese propósito. Así es como el Espíritu Santo utiliza una capacidad que tú inventaste, pero que no necesitas. ¡Ponla a Su disposición! Tú no sabes cómo usarla. Él te enseñará como verte a ti mismo sin condenación, según aprendas a contemplar todas las cosas de esa manera. La condenación dejará entonces de ser real para ti, y todos tus errores te serán perdonados. No podemos aprender a crear, nuestra función en el Cielo, pero a través del

perdón podemos aprender a desealarla. Aunque usamos equivocadamente la

mente para crear equivocadamente a través de la proyección, ahora se nos

puede enseñar a elegir la extensión del milagro. Renunciar al juicio hacia

nosotros mismos es el medio que el Espíritu Santo usa para cambiar nuestra

percepción de la condena al perdón. Todos los Hijos de Dios, incluidos nosotros, despertarán del sueño de la separación y el odio, y sabrán que

nunca abandonaron su hogar de perfecta Unidad y Amor.

Pasamos ahora a la siguiente sección, "El plan de perdón del Espíritu Santo":

(IV.1: 1) La Expiación es para todos porque es la forma de desvanecer la creencia de que algo pueda ser únicamente para ti.

El mundo funciona creyendo que la Expiación es solo para un grupo selecto, y todos somos expertos, sutil y no tan sutilmente, para excluir a

ciertas personas de la Filiación y del amor, creyendo que podemos encontrar la felicidad a través de la separación y el juicio. Necesitamos ver

este rasgo egoísta en nosotros mismos sin culpa y poder decir: "Sí, eso es lo

que estoy haciendo porque soy un ego como todos los demás. Y ya no deseo practicar tal egocentrismo y odio". En esta negación de la negación

del amor por parte del ego, negamos la negación de la verdad (T-12.II.1:5),

y aprendemos a revertir nuestra identificación con el principio del ego de

intereses separados y a aceptar la Expiación para nosotros y para el Hijo de Dios tal como Él lo creó.

(IV.1: 2-3) Perdonar es pasar por alto. Mira, entonces, más allá del error, y no dejes que tu percepción se fije en él, pues, de lo contrario, creerás lo que tu percepción te muestre.

Recordemos nuestra discusión previa sobre pasar por alto. Más adelante en nuestra sinfonía, Jesús habla del pecado (y la culpa) que aparece como un sólido muro de granito. Sin embargo, cuando lo miramos con su dulce amor a nuestro lado, nos damos cuenta de que no son muros, sino frágiles velos sin poder para ocultar la luz que brilla tras ellos (T-18.IX.5; T-22.III.3).

Cuando perdonamos, no negamos nuestras percepciones del pecado (nuestros juicios y condenas), sino que a medida que miramos, la visión de Cristo nos lleva más allá de ellos. El Capítulo 12 nos enseñará a ver el ataque como una expresión de miedo, y al miedo como un llamado al amor que ha sido negado (T-12.I.8-10). El juicio del Espíritu Santo, no es diferente de Su plan de perdón, porque deshace las falsas percepciones del ego de separación, diferenciación y especialismo.

(IV.1: 4-6) Acepta como verdadero sólo lo que tu hermano es, si quieres conocerte a ti mismo. Percibe lo que él no es, y no podrás saber lo que eres porque lo estarás viendo falsamente. Recuerda siempre que tu Identidad es una Identidad compartida, y que en eso reside Su realidad.

El Espíritu Santo toma nuestras percepciones de separación y las usa como el "camino real", tomando prestado el término de Freud una vez más, para llevarnos al pensamiento de separación que era la elección de la mente inconsciente. La Filiación es una en la ilusión y en la realidad, y nunca despertaremos a esta verdad mientras mantenemos que estamos separados y

que somos diferentes unos de otros: uno pecami-noso, el otro impecable.

Aprender la corrección de la mentalidad-correcta de los intereses compartidos nos ayuda a reflejar nuestra Identidad compartida como Cristo,

que es la del único Hijo de Dios.

(IV.3) La Expiación es una lección acerca de cómo compartir, que se te da porque te has olvidado de cómo hacerlo. El Espíritu Santo simplemente te recuerda el uso natural de tus capacidades. Al

reinterpretar la capacidad de atacar como la capacidad de compartir,

Él transforma lo que tú inven-taste en lo que Dios creó. Si quieres alcanzar esto por medio de Él, no puedes contemplar tus capa-cidades a través de los ojos del ego, o las juzgarás como él lo hace. El daño que

puedan ocasionar reside en el juicio del ego. El beneficio que pueden aportar reside en el juicio del Espíritu Santo.

Podemos ver cómo Jesús regresa continuamente a este tema del poder de la

mente para elegir, la única esperanza de salvación. Un subtema es cómo el

Espíritu Santo usa nuestra capacidad para crear falsamente y la convierte en

el medio para recordar nuestra función celestial de la creación. La estrategia

del ego ha sido causar un velo de olvido que cayó en nuestras mentes para

que no tengamos memoria o acceso a este poder. Sin embargo, el invocar a

un Maestro diferente permite que la elección de la mente por el hacer daño,

se transforme en ayuda, y así, gentilmente despertamos al Ser que Dios

creó. Este tema tiene su más sucinta declaración más adelante en nuestra

sinfonía, en el contexto de nuestra función especial de perdón: "Ésta es la

percepción benévola que el Espíritu Santo tiene del deseo de ser especial;

valerse de lo que tú hiciste, para sanar en vez de para hacer daño" (T25.VI.4:1).

(IV.5: 1) El perdón que se aprende de mí no se vale del miedo para deshacer el miedo.
Si el ataque es miedo, y reacciono a tu ataque con un contraataque, sintiéndome perfectamente justificado al hacerlo, estoy haciendo exactamente lo que Jesús describe en este pasaje: valirme del miedo para deshacer el miedo. Esto no hace más que reforzar el ego de todos, incluido el mío y el de la persona a la que estoy atacando, a quien, en mis delirios, creo que me atacó primero. Jesús dice: "El perdón que se aprende de mí ...", el camino del perdón que se ha practicado durante más de dos milenios, no ha sido el de él. Tanto el Jesús bíblico, como el Dios bíblico, tiene sus días buenos y malos, y estos últimos son bastante malos, llenos de juicio y del odio destructivo del especialismo. Es porque la gente usa rutinariamente estas figuras bíblicas como la base del perdón, desafiando la naturaleza inclusiva del amor, por lo que Jesús necesita para contrastar el perdón-paradestruir con su perdón que no reacciona al ataque con ataque, o al miedo con miedo.

(IV.5: 2) Ni tampoco otorga realidad a lo que es irreal para más tarde destruirlo.

Las guerras son excelentes ejemplos de esto. Tomamos a un enemigo irreal, la proyección de nuestro ser culpable, lo hacemos real y buscamos destruirlo. Cada guerra se basa en esta locura, porque todas las partes provienen de la misma premisa de separación, compartiendo el único interés del ego de perpetuar la ilusión del pecado, la culpa, y miedo al castigo.

(IV.5: 3-4) Perdonar a través del Espíritu Santo consiste simplemente en mirar más allá del error desde un principio, haciendo que, de esta manera, nunca sea real para ti. No dejes que ninguna creencia que afirme que el error es real se infiltre en tu mente, o creerás también que

para poder ser perdonado tienes que deshacer lo que tú mismo has hecho.

Una vez que creemos que tenemos que deshacer lo que hicimos para ser perdonados, hemos hecho que el error sea real. Pero todo lo que necesitamos deshacer para ser perdonados, es nuestra elección equivocada, corrigiendo el error de la decisión de la mente tomadora de decisiones de elegir el ego. No hacemos enmiendas en el nivel del comportamiento, a menos que esa sea la cosa más amable y amorosa que podemos hacer. A diferencia de la mayoría de las espiritualidades, este curso no dice nada sobre el comportamiento o la forma. La pregunta no siempre es qué debemos hacer, sino con quién lo haremos. Antes de actuar, tan rápido como podamos, necesitamos regresar a la mente, llevándole a Jesús todos nuestros pensamientos erróneos de especialismo. Estamos muy seguros de que son verdaderos y que están justificados: dolor, ira e inversión en el resultado. Jesús nos recuerda que todas las percepciones de separación y diferencias, son percepciones erróneas, por lo que nos enseña a pasar por alto – es decir, mirar más allá – el pecado que nunca estuvo allí. (IV.5: 5-6) Lo que no tiene efectos no existe, y para el Espíritu Santo los efectos del error son inexistentes. Mediante la cancelación progresiva y sistemática de los efectos de todos los errores, en todas partes y con respecto a todo, el Espíritu Santo enseña que el ego no existe y lo demuestra.

Como volverá a ser un tema destacado más adelante en el texto, dejaremos de lado por ahora esta idea de causa y efecto y su relación con el perdón.

Baste decir por ahora, que nuestra función de perdón implica demostrarles a otros que aparentemente nos han hecho daño, que no han hecho nada que

pueda deshacer la paz de Dios. Sus aparentes pecados, por lo tanto, no han tenido efecto sobre nuestro amor; y al no haber causado nada, el ego y su sistema de pensamiento del pecado también deben ser nada.

La verdadera curación

Lo que Un Curso de Milagros llama falsa curación (sanación-para-separar

en El Canto de la Oración [S-3.III.2:1]) se centra en los síntomas externos,

ignorando la verdadera enfermedad que es la decisión de la mente por la

separación y la culpa. Al confundir los niveles de la mente y el cuerpo, los

sanadores no sanados inevitablemente fallan en sus esfuerzos bien intencionados:

(II.1) Todo aquel que haya tratado alguna vez de usar la oración para pedir algo ha experimentado lo que aparentemente es un fracaso. Esto es cierto no sólo en relación con cosas específicas que pudieran ser perjudiciales, sino también en relación con peticiones que están completamente de acuerdo con lo que este curso postula. Esto último, en particular, puede interpretarse incorrectamente como una prueba de que el curso no es sincero en lo que afirma. Tienes que recordar, no obstante, que el curso afirma, y repetidamente, que su propósito es ayudarte a escapar del miedo.

En otras palabras, cuando pedimos cosas específicas, incluso cosas específicas como paz o perdón, y no involucramos el poder de decisión de

la mente que es la fuente de todo miedo, perpetuamos el error de la mente.

La culpa y el miedo inevitablemente permanecen, y la verdadera curación

se vuelve imposible. Estas súplicas a Jesús o al Espíritu Santo por una intervención específica, también se suman a la defensa del ego contra el

verdadero mensaje del Curso. El hecho de que nuestros maestros no otorguen estas solicitudes especiales refuerza el ego, afirmando que Un

Curso de Milagros no funciona, y que una vez más el Cielo nos ha

decepcionado. Nuestras intenciones conscientes parecen tan sinceras que es difícil penetrar las defensas del ego, cuya intención subyacente es proteger y preservar el ser especial y específico.

(II.2: 1-3) Supongamos, pues, que lo que le pides al Espíritu Santo es lo que realmente deseas, pero aun tienes miedo de ello. Si ese fuese el caso, obtenerlo ya no sería lo que deseas. Por eso es por lo que algunas formas específicas de curación no se logran, aun cuando se haya logrado el estado de curación.

La mente puede ser sanada en virtud de que le pidamos ayuda al Espíritu Santo; pero si nuestras mentes permanecen divididas y todavía tememos el Amor de Dios, continuaremos disociando la curación y reteniendo los síntomas físicos, demostrando una vez más que Jesús y su curso nos han fallado.

(II.2: 4-7) Un individuo puede pedir ser curado físicamente porque tiene miedo del daño corporal. Al mismo tiempo, si fuese curado físicamente, la amenaza que ello representaría para su sistema de pensamiento podría causarle mucho más miedo que la manifestación física de su aflicción. En ese caso no estaría pidiendo realmente que se le liberase del miedo, sino de un síntoma que él mismo eligió. Por lo tanto, no estaría pidiendo realmente ser curado.

Es por eso que debemos estar en contacto con lo que realmente queremos.

Muy a menudo, especialmente en las primeras etapas de nuestro viaje, deseamos que el problema externo se cure sin cambiar nuestras mentes.

Esta resistencia casi siempre se experimenta también en psicoterapia, por lo que los pacientes desean ser aliviados de su dolor sin hacer el trabajo de descubrir sus fuentes inconscientes, lo que incluye el deseo del síntoma.

Esto retiene el problema, cuya curación representa el final de nuestro ser

separado. Solamente a medida que avanzamos, reconocemos tanto la fuente

del problema (la decisión de la mente por la culpabilidad) como la solución

(la decisión de la mente por el milagro).

Regresamos a una sección que examinamos anteriormente, "El sanador no

sanado", y nos enfocamos en el verdadero sanador. Esta es otra forma de

entender lo que significa demostrar el perdón y seguir el plan del Espíritu

Santo para corregir errores.

(V.7: 4-6) La única aportación significativa que el sanador puede hacer es presentarle un ejemplo de alguien a quien se le cambió el rumbo y que ya no cree en pesadillas de ninguna clase. La luz en su mente, por lo tanto, responderá al que pregunta, que tiene que decidir con Dios que sí hay luz porque la ve. Y mediante este reconocimiento el sanador sabe que la luz está ahí.

Este tema también se expresa en las primeras páginas del manual, donde se

nos pide que seamos un ejemplo de la decisión por la mentalidad-correcta al

"representar la Alternativa" (M-5.III.2:6). Nosotros no somos los sanadores.

Nuestra función es simplemente elegir contra las interferencias al amor

sanador de la Expiación que ya está presente en nosotros. No corregimos,

cambiamos ni curamos a las personas, sino que corregimos, cambiamos y

curamos nuestras mentes llevando la oscuridad de nuestros pensamientos de

odio a la luz del perdón del Espíritu Santo. Los verdaderos sanadores se

enfocan solo en su propia curación porque ese es el único problema. Si creemos que los problemas son externos, nosotros somos los que estamos

enfermos. Otro puede estar enfermo también, pero nuestra preocupación

debería ser solo por nuestras percepciones erróneas ¿Cómo podemos ser verdaderos sanadores si vemos los problemas a través de los ojos del ego en lugar de los del Espíritu Santo, el juicio de la enfermedad en lugar de la visión de la curación?

(V.7: 7-9) Así es como la percepción finalmente se transforma en conocimiento. El obrador de milagros comienza percibiendo luz, y transforma su percepción en certeza al extender continuamente la luz y al aceptar el reconocimiento que ésta le ofrece. Los efectos de la luz le confirman que ésta está ahí.

Cuando nuestras percepciones erróneas han sido llevadas a la verdadera percepción, desaparecen, como lo hace la corrección del Espíritu Santo.

Así, el oscuro mundo de la percepción se desvanece en la luz ardiente del

conocimiento. Comenzamos mirando más allá de la oscuridad del ego, con

la luz del perdón como nuestra guía, y a medida que nuestras mentes se

curan, curamos a nuestros hermanos, lo que refuerza nuestra propia curación. Las visiones de luz han reemplazado las ilusiones de oscuridad, el

sanador no sanado ha sido sanado y el Hijo de Dios ha regresado a su hogar por fin.

(V.8: 1) Un terapeuta no cura, sino que deja que la curación ocurra espontáneamente.

Los verdaderos perdonadores no perdonan; dejan que el perdón sea. Los

obradores de milagros no hacen milagros; dejan los milagros se extiendan

desde sus mentes. Los salvadores no salvan; dejan que la salvación salve a

través de ellos. Estas son diferentes formas de decir que nuestra única función es eliminar al ego de nuestro camino. Cada vez que sentimos estamos haciendo un importante trabajo espiritual, por ejemplo, sabemos

que hemos caído en las trampas del especialismo, y los que nos siguen también están atrapados. Nuestro trabajo es deshacer el ego al traerlo a la luz interior de la Expiación. El trabajo "importante" realizado a través de nosotros no debería ser nuestra preocupación, porque la forma de asegurar nuestro avance espiritual es darnos cuenta de que el amor no hace nada en el mundo. Para reafirmar este punto esencial, la única actividad espiritual posible aquí es elegir no ser espiritual, porque tratar de ser divinos es lo que nos metió en problemas en primer lugar. Nuestra función de deshacer el ego se logra al mirarlo con el Espíritu Santo, lo que significa sin juicio. Esta es la esencia del perdón y la curación. Volvemos a los teólogos y los psicoterapeutas, los ejemplos de Jesús del sanador no sanado: (V.8: 2-7) Puede señalar la obscuridad, pero no puede traer luz por su cuenta, pues la luz no es de él. No obstante, al ser para él, tiene que ser también para su paciente. El Espíritu Santo es el único Terapeuta. Él hace que la curación sea evidente en cualquier situación en la que Él es el Guía. Lo único que puedes hacer es dejar que Él desempeñe Su función. Él no necesita ayuda para llevarla a cabo. En otras palabras, necesitamos confiar en el Espíritu Santo y Su Amor para ser sanadores. No tenemos que hacer algo para ser el sanador; y no tenemos que decirle a Él dónde se necesita la sanación. Nuestra tarea es solo llevarle el especialismo del ego a Él, la oscuridad a Su luz. Su Amor hace el resto, el terapeuta y el paciente se curan igualmente, porque son uno. (V.8: 8-11) Te dirá exactamente lo que tienes que hacer para ayudar a

todo aquel que Él te envíe en busca de ayuda, y le hablará a través de ti si tú no interfieres. Recuerda que eres tú el que elige el guía que ha de prestar la ayuda, y que una elección equivocada no constituirá ninguna ayuda. Pero recuerda asimismo que la elección correcta sí lo será. Confía en Él, pues ayudar es Su función, y Él es de Dios. A pesar de la experiencia de Helen de que se le enviaron personas, y que también puede ser la nuestra, este no es realmente el caso. Cuando nuestras mentes están abiertas, el amor simplemente se extiende a través de nosotros, abrazando a la Filiación como un todo. Es nuestra experiencia como individuos lo que traduce la naturaleza abstracta de la "actividad" del amor en una aplicación específica, dando la apariencia de personas que se nos envían. Para repetir, no hacemos nada, sino que nuestra mente se perdona a sí misma. No se necesita nada más, ya que nada más puede ayudar realmente. Nosotros no necesitamos saber qué decirle a alguien, pero debemos pedirle ayuda a nuestro Maestro para eliminar las interferencias de la mente para poder saber qué decir. Esto permite que los pensamientos curativos se extiendan a través de nosotros en cualquier forma que sea útil. Estas expresiones del milagro son las que dan resultado, como ahora leemos: (V.8: 12-9: 1) A medida que despiertes a otras mentes al Espíritu Santo a través de Él, y no a través de ti, te darás cuenta de que no estás obedeciendo las leyes de este mundo. Sólo las leyes que estás obedeciendo dan resultado. "Lo bueno es lo que da resultado" es una afirmación acertada, pero incompleta. Sólo lo bueno puede dar resultado. Nada más puede hacerlo. Este curso ofrece un marco de enseñanza muy claro y muy simple, y te provee de un Guía que te dice lo que debes hacer. ¡Muy simple! Nosotros no somos el Guía. Recuerda, no hay un trabajo de

curación por hacer en un mundo que no necesita curación. Lo que hay que curar es la mente que piensa que hay un mundo que nos necesita a nosotros y a nuestro "trabajo importante". Es por eso que nada más puede funcionar: no hay nada más que la mente, y nada para ser curado excepto la elección equivocada de esa mente.

(V.9: 2-5) Si le obedeces, verás que lo que Él te dice es lo que da resultado. Los resultados que se derivan de seguir Su dirección son más convincentes que Sus palabras. Te demostrarán que las palabras son ciertas. Siguiendo al Guía adecuado, aprenderás la más simple de todas las lecciones:

Por sus frutos los conoceréis, y ellos se conocerán a sí mismos.

Los frutos no son nada externo, como está implícito en la famosa declaración bíblica, sino que son los curados Hijos de Dios. Aquellos que eligieron la oscuridad, como nosotros, verán la luz en nosotros, y nosotros la veremos en ellos y sabiendo que esta es la única luz. Así cerramos el noveno movimiento de nuestra sinfonía, volviendo a su tema central de perdón y curación, el reflejo de la Unidad eterna del Cielo que es nuestro Ser.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.